

TASSIS Y PERALTA, JUAN DE. CONDE DE VILLAMEDIANA (1582-1622)

SONETOS

ÍNDICE

SONETOS JUVENILES
CANCIONERO BLANCO
SONETOS ITALIANOS
SONETOS GONGORINOS
SONETOS SATÍRICOS
CANCIONERO DEL DESENGAÑO
SONETOS SACROS

SONETOS JUVENILES

I

Nadie escuche mi voz y triste acento
de suspiros y lágrimas mezclado,
si no es que tenga el pecho lastimado
de dolor semejante al que yo siento.

Que no pretendo ejemplo ni escarmiento
que rescate a los otros de mi estado,
sino mostrar creído, y no aliviado,
de un firme amor el justo sentimiento.

Juntose con el cielo a perseguirme,
la que tuvo mi vida en opiniones,
y de mí mismo y a mí como en destierro.

Quisieron persuadirme las razones,
hasta que en el propósito más firme,
fue disculpa del yerro el mismo yerro.

II

¿A quién?

El que busca de amor y de aventura
ejemplos dignos de inmortal memoria
mire la dulce y verdadera historia
que del tiempo y olvido está segura.

Verá también al vivo la pintura
de aquella memorable y gran victoria
que dio a Cortés y a España tanta gloria,
y al mejicano, muerte y sepultura.

Hallará en don Antonio, juntamente,
un Marte con la espada, y con la pluma
un nuevo Apolo, digno de renombre.

¡Honor y lustre de la edad presente:
de envidia de tu fama se consuma
el que no te tuviere por más que hombre!

III

A la señora doña Jerónima de Jaén
Milagro sois del mundo y aún del cielo,
donde os espera más triunfante silla,
por octava y primera maravilla
de inmortal fama y de inmortal consuelo.

Mi pluma no emprendió tan alto vuelo,
porque es conocimiento quien la humilla;
por vos está Aragón y está Castilla,
ésta ufana y aquélla en desconsuelo.

De vos, señora, por la fe se alcanza,
que no os puede alabar, sino ofenderos,
quien callando no ofrezca su alabanza.

Quereros entender es no entenderos,
pensar en vos parece confianza,
atreverse a miraros es perderos.

IV

A un retrato

Imagen celestial, cuya belleza

no puede sin agravio ser pintada,
porque mano mejor, más acertada,
no fió tanto a la naturaleza.

En esto verá el arte su flaqueza,
quedando, vida y muerte, así pintada;
está menos hermosa que agraviada,
sin quedarlo la mano en su destreza.

De esta falta del arte, vos, señora,
no quedáis ofendida, porque el raro,
divino parecer no está sujeto.

Retrato propio vuestro es el aurora,
retrato vuestro el sol cuando es más claro,
vos, retrato de Dios el, más perfeto.

V

A la muerte de Adonis

Boca con boca Venus porfiaba
a detener el alma que salía
del desdichado Adonis, que moría
más herido del bien que acá dejaba.

El no poder morir ella lloraba,
no lloraba la muerte que veía;
Amor allí, mostró que no podía
ayudar a sentir lo que causaba.

Ella en brazos le tiene; quien los viera,
igualmente llorar la despedida,
apenas juzgará cual de ellos muere.

Mas la diosa mostró quedar vencida
de dolor tanto más, cuanto más quiere
dar a Adonis el alma que la vida.

VI

No desconozco en vos, mi pensamiento,
para tanta razón, tanta osadía,
mas no siempre Fortuna ha de ser guía

de tan precipitado atrevimiento.

Ícaro en vano se fió del viento,
Faetón regir en vano el sol quería,
ventura, y no razón, vence porfía
sólo ventura no es merecimiento.

No os turbe, pensamiento, en la subida,
del lastimoso ejemplo en la memoria,
ni en peligro mayor, menos ventura;

pues Fortuna que ayuda a la caída,
no os podrá quitar aquella gloria
de venir a caer de más altura.

VII

Más cierto está en perderse el que procura
seguir, volando, vuestro pensamiento
que quien al bravo mar, al bravo viento
la vida entrega en barca mal segura.

Cuando más que ésa de constancia pura,
gobernada por vuestro entendimiento,
muestra ir a quien es, a salvamento,
señora, de la vela y de ventura.

Si vos regís las velas, ¿Qué aprovecha
que entre Escila y Caribdis peligrosos
bramen las olas alterándose en ellas?

Aunque sea la fortuna más desecha,
impedir no podrán vientos furiosos
que pongáis vuestra barca en las estrellas.

VIII

Cansado de mi mismo, y más cansado
de llevarme conmigo, tal me siento
que junta a mis cuidados mi tormento
el estar hoy de vos tan apartado.

Y aunque pudiera estar asegurado,
como de Amor, de sí mi pensamiento,

con saber que el mayor apartamiento
no podrá lo que pudo mi cuidado.

En esta soledad, señora mía,
esperará mi corazón ausente
el fin que es ya mil años de este día.

Si el bien pasado es siempre mal presente
en la prolijidad de esta agonía,
lo que puede escribirse no se siente.

IX

Por extraños caminos he venido
a pesares más ásperos y extraños;
hallando en los engaños desengaños,
sólo con escarmientos he aprendido.

Alumbró la razón a mi sentido
en una ceguedad de tantos años;
daños fueron locura de los daños
que por más incurables he tenido.

De aquella hermosura desusada
sólo su condición pudo librarme,
que la razón por sí, ¿cuánto bastara?

y así la mía, de tantas ayudada,
a partir y a morir pudo obligarme,
que menos que morir no me apartara.

X

¡Cuán diferente de lo que algún día,
y aún en parte también bien diferente
de lo que el tiempo ya me tiene ausente,
vi correr de Pisuerga el agua fría!

Que ya trocada la fortuna mía
en mal mudó este bien, y no consiente
que el corazón declare el accidente
del que hoy muere y también del que vivía.

Siga conmigo su costumbre el hado,

no se alteren las leyes de mudanza,
muera envidioso el que vivió envidiado;

busque medios quien medios nunca alcanza
porfíe cuánto más desengañado
el que se desterró de la esperanza.

XI

Emulo al sol saldrá del cielo Hesperio,
un rayo de las armas y cometa
que con agüero de feliz cometa
al Asia libraré de cautiverio.

Y revelando al mundo el gran misterio
verá el levante ocasos de su seta;
uno el ovil, una la ley perfeta,
habrá un solo pastor y un solo imperio.

Y la hidra inhumana que no pudo
ver extinta con fuego, ni cortada
el celo y el valor de sus abuelos,

al resplandor del soberano escudo,
muerta caerá de miedo de la espada
que con filos de fe templan los cielos.

XII

Al nacimiento del Príncipe de España

Para dar ley al mundo, al mundo venga
el Atlante gentil, cuya corona
ceñirá todo el orbe como zona,
cuando una grey y un solo pastor tenga.

Y así, porque repare, y que detenga
la máquina eminente, a su persona
asistan las tres Gracias, y Belona
más de honor que de leche le mantenga.

Que con estos presagios su fortuna
saldrá de sí, añadiendo y conquistando
el poco mundo que le queda ajeno.

Y de tan ricas esperanzas lleno,
como sangre de Carlos y Fernando,
más que culebras vencerá en la cuna.

XIII

Al Rey Nuestro Señor recién nacido

Crece, oh pimpollo tierno, entre leales,
hesperios troncos, crece alimentado,
no del valor paterno ya heredado,
sino del propio, eterno entre mortales.

Sus armas te administren ya fatales,
uno y otro planeta desarmado,
cuya virtud te admirará bañado
en sudor de fatigas inmortales.

Digna corona sea de tus sienes
el yelmo de las plumas guarnecido,
con que levanta más la fama el vuelo,

que en duplicado honor ya le previenes
glorias al tiempo, afrentas al olvido,
a la virtud asilo, aras al cielo.

XIV

Vencido ya de tanta indiferencia
de pesares, señora, en esta tierra,
para escribir los que mi alma encierra,
sin tenerla de vos tomé licencia;

Francia me recibió con pestilencia;
como madrastra, España me destierra;
en Flandes vi lo que llamamos guerra,
pareciome menor que la de ausencia.

Este de mi cambio fue el progreso,
y aún peor lo esperé de mi partida;
lo demás os dirán lágrimas tristes.

El caso acreditó cualquier exceso,

y Amor me obliga a que siquiera os pida
que no olvidéis la muerte que me distes.

XV

A la muerte de don Felipe de Tarsis que murió en el cerco de la inclusa

Cenizas de aquel fuego valeroso,
en su glorioso oficio consumido,
yace aquí; el espíritu es ya partido,
tras mayor palma a oficio más glorioso.

El paso a fama eterna presuroso
queda libre del tiempo y del olvido,
el fin en fuertes pechos esculpido,
y tanto corazón de él envidioso.

Fama en el mundo y en el cielo gloria
ofrecen a tu suerte aquí muriendo,
siendo esas mismas prendas tus heridas.

Sin que puedan morir en la memoria,
ni la sangre por ella que ofreciendo
está a tu madre dos eternas vidas.

XVI

En París

Prestad, ninfas del Sena, atento oído
a un firme corazón que pudo tanto
que traspasó las leyes del espanto
con dolor más grave y más sabido.

Allá, en lágrimas vivas convertido,
de mi podréis saber despacio cuanto
ahora impide declarar el llanto,
con que va vuestro Sena tan crecido.

Dejando aquellas playas españolas,
dejando en ellas fui mis esperanzas,
y buscar vine en vos mi muerte a solas.

Con ella, allá daréis justas venganzas,

a quien me hizo roca de las olas,
que levantó la mar de unas mudanzas.

XVII

A Enrique, rey de Francia

Hace el mayor Enrique cuando lidia
en el marcial honor de la estacada,
corona el yelmo y cetro de la espada,
paz de la guerra y fe de la perfidia.

Cesar renace y Alejandro envidia,
piadoso perdonar con mano armada,
y en los peligros, la virtud osada
despreciando el morir, vence la envidia.

Castiga revelados, perdonando
el esfuerzo benigno que previene
de ánima nueva, imperio sin segundo.

El templo de la paz cierra, y bajando
del cielo Astrea, su valor mantiene
con freno a Francia y con la fama al mundo.

XVIII

A la muerte del Rey de Francia

Cuando el furor del iracundo Marte,
al viento desplegabá las banderas,
y levantaba al son de cajas fieras
ira sangrienta Enrique en toda parte;

cuando empezaba a fabricar el arte
artificiosas máquinas guerreras,
y cuando, atento a las dudosas veras,
el mundo estaba ya de parte a parte;

puesta la mano a la atrevida espada,
ofreciendo fortuna fin sangriento
de la dudosa guerra a la victoria,

cortó el hilo la Parca apresurada

a la vida y al alto pensamiento,
dejando eterna al mundo su memoria.

XIX

A lo mismo

El roto arnés y la invencible espada
que coronó la presumida frente
del muerto rey que a la francesa gente
obediente mantuvo y enfrenada,

pudiera ya en el templo estar colgada
y en descansado honor resplandeciente,
sin volver a tentar osadamente
la varia rueda de la diosa airada.

Mas el discurso y el saber humano
no alcanza aquella esencia sin medida
que el poder de los ánimos limita,

dando fuerza y valor a flaca mano
contra el heroico rey, en cuya vida
altos designios y esperanzas quita.

XX

Al rey de Francia Enrique IV

Este que con las manchas de su acero
a los rayos del sol émulo es claro,
de la sangre en la paz fue tan avaro,
como pródigo de ella en guerra, y fiero.

Dulce, cortés, magnánimo, guerrero,
intrépido, constante, invicto, raro,
de las artes sagradas sacro amparo,
rey por su espada, ilustre caballero.

Dénos hoy en sus lirios esperanza,
planta, cuan bien nacida mal cortada,
de Magnos Carlos, de Bullones píos;

que bien parecerá su semejanza,

si el agua en sangre bárbara trocada
dieren tributo al mar los sacros ríos.

XXI

Sea para bien, enhorabuena sea,
divino Rojas, el recién nacido,
que tal hijo de ingenio ha merecido
que esculpido en mil láminas se vea.

Plega a los cielos que la excelsa idea
del Repúblico llegue el apellido
a donde desterrándose el olvido
de Dafne ingrata su laurel posea.

Ensancha, Manzanares, tus riberas,
donde tu nieto con amor recibas,
hijo de un hijo de ti margen bella.

Aquí viene a servirse muy de veras,
ampárale piadoso, así tú vivas
eternos años con feliz estrella.

CANCIONERO BLANCO

XXII

Tan peligroso y nuevo es el camino
por donde lleva Amor mi pensamiento,
que en sólo los discursos de mi intento
aprueba la razón su desatino.

Efecto nunca visto y peregrino,
enloquecer de puro entendimiento
un sujeto incapaz del escarmiento,
ciego por voluntad y por destino.

Amor no guarda ley, que la hermosura
es lícita violencia y tiranía
que obliga con los mismos que maltrata.

Su fin es fuerza, y esperar locura,

pues es tal por su causa el ansia mía,
que de mí que la tengo se recata.

XXIII

De cera son las alas, cuyo vuelo
gobierna incautamente el albedrío,
y llevadas del propio desvarío,
con vana presunción suben al cielo.

No tiene ya el castigo, ni el recelo
fuerza eficaz, ni sé de qué me fío,
si prometido tiene el hado mío
hombre a la mar como escarmiento al suelo.

Mas si a la pena, Amor, el gusto igualas,
con aquel nunca visto atrevimiento,
que basta a acreditar lo más perdido.

Derrita el sol las atrevidas alas,
que no podrá quitar el pensamiento
la gloria, con caer, de haber subido.

XIV

Véome en dos extremos diferentes,
y sigue cada cual contrario afeto;
dos violencias de amor y de respeto
mantienen en un ser mil accidentes.

Los fines de estos fines evidentes
van por vario camino a ser perfeto,
y es un incomprendible por sujeto
las causas de estas causas eficientes.

Luchan estos contrarios noche y día;
el respeto al amor vencer espera,
y amor, que solo basta, en sí se funda.

Departir sólo puede la porfía
de estas dos cada cual causa segunda
quien de tan nuevas causas es primera.

XXV

Ando tan altamente que no alcanza
al sujeto la vista, sólo verse
puede por fe, y por fe comprenderse
aquella excelsa luz sin semejanza.

Ni un átomo de sombra de esperanza
a mi suerte jamás puede atreverse,
antes llegó mi amor a prometerse
en vivo fuego bienaventuranza.

Que sólo lo inmortal respeta y ama,
nunca por lo posible se enajena,
como no aspira a causa transitoria;

antes, si en la pureza de la llama
es la gloria lo acerbo de la pena,
no ha de poder faltarme en pena gloria.

XXVI

Vuelvo, y no como esclavo fugitivo
que teme de su dueño el rostro airado,
mas como buen vasallo despechado
que tiene fe segura en pecho altivo.

Y aunque descubro el sentimiento, vivo
de un dolor no creído o no aliviado;
confieso que a mis daños obligado,
en sujeción gloriosa estoy cautivo.

Mas no consiente Amor que mi tormento
tenga fin, ni principio, ni esperanza,
que aún del mal que padezco está envidioso.

Tal es la causa y tal el pensamiento,
que puestos gloria y pena en su balanza
está el peso del bien y el mal dudoso.

XXVII

Cuando me trato más, menos me entiendo

hallo razones que perder conmigo,
lo que procuro más, más contradigo,
con porfiar y no ofender sirviendo.

La fe jamás con la esperanza ofendo,
desconfiado más, menos obligo,
el padecer no puede ser castigo,
pues sólo es padecer lo que pretendo.

De un agravio, señora, merecido,
siempre será remedio aquel tormento
que cuanto mayor es, más se procura.

Porque para morir agradecido,
basta de vos aquel conocimiento
con que nunca eche menos la ventura.

XVIII

Cuando por ciegos pasos ha llegado
a costosa experiencia el sufrimiento,
y de perdidas quejas tengo el viento
no menos condolido que cansado;

cuando apenas los yerros he colgado
en el sagrario del conocimiento,
con mayor fe, y con menos escarmiento
vuelvo a servir contento y mal pagado.

Nuevo efecto de amor: no hay desatino
que no siga la parte del objeto
donde especie de bien cause su engaño.

Sólo el poder violento del destino
mi voluntad entrega a tal sujeto,
que conociendo el yerro sigo el daño.

XXIX

¡Oh cuánto dice en su favor quien calla,
porque de amar sufrir es cierto indicio,
y el silencio el más puro sacrificio
y adonde siempre amor mérito halla!

Morir en su pasión sin declaralla
es de quien ama el verdadero oficio,
que un callado llorar por ejercicio
da más razón por sí, no osando dalla.

Quien calla amando, sólo amando muere,
que el que acierta a decirse no es cuidado;
menos dice y más ama quien más quiere.

Porque si mi silencio no ha hablado,
no sé decirnos más que, si muriese,
otro os ha dicho lo que yo he callado.

XXX

Esta imaginación que, presumida
de su ofensa mayor no se recela,
por fantásticos bienes se desvela,
más engañada y menos advertida.

Sólo la voluntad es atrevida;
mas la que con engaños me consuela
no es esperanza ya, sino cautela,
contra lo que presumo de mi vida.

Nueva invención del mal, nuevo castigo,
hacer de los engaños alimento;
más persuadido a lo que menos creo.

Guerra que amor me hace a mí conmigo,
pues desmintiendo siempre lo que siento,
por un fingido bien mil males veo.

XXXI

Esta guerra trabada que conmigo
trae mi sentido en accidentes varios,
supone en un sujeto dos contrarios,
pues siempre estoy temiendo lo que digo.

Así que por costumbre o por castigo,
casos no vistos son en mí ordinarios,
y en los propios intentos temerarios
se acobarda la fe con que los sigo.

Miro en varios objetos un objeto,
que aún la imaginación no se derrama
a sentir de mi suerte la miseria;

predomina la causa en el efecto
y como es interior, de interior llama,
en lo inmortal se esconde su materia.

XXXII

Esta causa a su efecto tan ingrata
produce un nuevo modo de tormento,
de cuya queja nace el sentimiento
que ni vivo me deja ni me mata.

Y la prisión que mis sentidos ata
no admite ley, ni teme al escarmiento,
dejándose llevar de un pensamiento
que de mi que le tengo se recata.

El discurso previene inadvertido
la muerte a que yo mismo me sentencio,
hallándome quejoso y obligado.

Y de estos dos extremos perseguido,
ni el mérito me vale del silencio,
ni a descubrir me atrevo mi cuidado.

XXXIII

Después, Amor, que mis cansados años
dieron materia a lástima y a risa,
cuando debiera ser cosa precisa
el costoso escarmiento en tus engaños;

y de los verdaderos desengaños
el padre volador también me avisa,
que aunque todo lo muda tan aprisa,
su costumbre común niega a mis daños;

cuando ya las razones y el instinto
pudieran de mi mismo defenderme,
y con causa fundada en escarmiento;

en otro peligroso laberinto
me pone Amor, y ayudan a perderme
memoria, voluntad y entendimiento.

XXXIV

Obediencia me lleva y no osadía,
tan igual al amor que la ha causado,
muriendo por volver donde he dejado
la parte que es más propia y menos mía.

No es de la voluntad la cobardía,
que peligrosamente el pecho osado
corta el inquieto mar de mi cuidado
con la luz de aspereza que la guía.

Y aunque en la noche de la ausencia oscura,
con osada esperanza busca puerto,
este nunca vencido pensamiento,

mi desdichada muerte me asegura
en peligroso escollo el golpe cierto,
pues olvido es el mar, mudanza el viento.

XXXV

Después que puse al pie dura cadena,
después que puse al cuello indigno yugo,
besé el cuchillo y adoré el verdugo
que a muerte y a paciencia me condena,

en esta oscuridad, en esta pena,
ciego así porque a ciegas deidad plugo,
ni descanso yo más, ni el llanto enjugo,
ni llego a percibir aura serena.

Antes parece que el rigor violento
de astros se declaró, sino ofendidos,
de sus efectos mismos indignados.

Que les parezca venenoso aliento
para martirizar a mis sentidos
el disponer precioso de los hados.

XXXVI

¿Qué mar es este, Amor? ¿Qué confianza
pondrá en tus ondas el osado pecho,
si disfrazas el daño en el provecho
y tienes más peligro en la bonanza?

Cuando el aliento vence a la tardanza,
vengo a quedar en lágrimas deshecho,
porque el vivir de engaños satisfecho
dudas cultiva en sustos de mudanza.

¡Oh dura ley de amor, que el no guardalla
naturaleza y no costumbre sea
de quien no da placer sin desengaños!

Dudoso muere el que ofendido calla,
y su agravio averigua el que granjea
con la solicitud los propios daños.

XXXVII

Llegar, ver y entregarme a sido junto,
la deuda general pagada os tengo,
y a ser de vos injustamente vengo
condenado si culpa en sólo un punto.

Padezco el mal, la causa no barrunto,
que yo sin esperanza me entretengo,
y sólo de adoraros me mantengo,
vivo al servir y al merecer difunto.

Quien sabe tanto y claramente entiende
que esperar algo es yerro sin disculpa,
con la intención no puede haber errado.

Miro, y no hallo en mí de que me enmiende;
mas, si desdichas las tenéis por culpa,
¿cómo estará sin ella un desdichado?

XXXVIII

Amor es un misterio que se cría
en las dulces especies de su objeto;
de causas advertidas luz y efeto,
y de ciegos efectos ciega guía.

Fraude que apeteció la fantasía,
imán del daño, acíbar del secreto,
de tirana deidad, ley sin precepto,
de preceptos sin ley leal porfía.

En cielo oscuro tempestad serena,
apacible pasión, dulce fatiga,
lisonja esquiva, lisonjera pena.

Premio que mata, alivio que castiga,
causa que, propiamente siendo ajena,
con lo que más ofende más obliga.

XXXIX

Amor no es voluntad, sino destino
de violenta pasión y fe con ella;
elección nos parece y es estrella
que sólo alumbra el propio desatino.

Milagro humano en símbolo divino,
ley que sus mismas leyes atropella,
ciega deidad, idólatra querella,
que da fin y no medio a su camino.

Sin esperanza, y casi sin deseo,
recatado del propio pensamiento,
en ansias vivas acabar me veo.

Persuasión eficaz de mi tormento,
que parezca locura y devaneo,
lo que es amor, lo que es conocimiento.

XL

Cuando apenas las lágrimas enjugo,
que lloro la razón, bebió la afrenta,
vuelvo con más aviso y menos cuenta

a entregarle mi cuello al propio yugo.

Sacar de un pedernal pretende jugo
quien sigue voluntad de amor exenta,
con aviso costoso del que intenta
hallar piedad en manos del verdugo.

No pudo ser herido de otro brazo,
ni en otro pecho cabe la herida,
que no contiene término su plazo;

circunstancia de ofensa presumida,
la cuerda aflojo, aunque conozco el lazo,
que a ciegos nudos vinculó la vida.

XLI

Tarde es, Amor, ya tarde y peligroso
para emprender ahora que mis quejas
hallen justa piedad en las orejas
que concluyó el desdén más riguroso.

Porque a tantos avisos no es forzoso
idolstrar los hierros de unas rejas,
ni juntar así nueva a penas viejas
permite el tiempo a un ánimo dudoso.

Tus cadenas, Amor, tus hierros duros
mejor ya en mí parecen forcejados
que peligrosamente obedecidos;

bienes dudosos, males son seguros,
y los desdenes más solicitados
avisos con escrúpulo admitidos.

XLII

Como amor es unión alimentada
con pacto de recíproca asistencia,
en la mayor distancia está en presencia
por milagros de fe calificada.

Bien que el sentido, parte ya agraviada
de los prolijos vínculos de ausencia,

ciego se pierde, y cede a la violencia
de rayo prometido en luz negada.

La porción superior que unida vive
por misterio de amor a su sujeto
con tenaces afectos está en gloria.

Mas la vista, ni logra, ni concibe,
si no es especies de presente objeto
negadas a la fe, no a la memoria.

XLIII

Amor rige su imperio sin espada,
con arte de admirable providencia,
tal que aparente suele una violencia
ser razón con misterios paliada.

Sus armas son belleza declarada,
y su alimento la correspondencia;
cultiva con el trato su existencia
en dulces lazos, dulce unión atada.

Ufano de las almas cautiverio,
que en recíprocos medios y cadenas
de voluntades dos sabe hacer una;

luz, remedio, milagro es, y misterio
de aprehensión que glorifica penas,
exenta de las leyes de fortuna.

XLIV

Ausencia de dos almas es distancia,
y debe ser distancia, mas no ausencia,
cuando amor en ideas de presencia,
de inseparable unión forma constancia.

De afectos puros lícita jactancia
mental, opuesta a material violencia,
para que con su aliento la paciencia
sea coronada la fe de tolerancia.

Los ojos que del ínfimo elemento
originaron su común defecto
lloren ciegos y ríndanse mortales.

La parte superior del pensamiento,
en complicados nudos con su objeto,
logre prendas de fines inmortales.

XLV

Como la simple mariposa vuela,
que tornos y peligros multiplica,
hasta que alas y vida sacrifica
en lo piramidal de la candela.

Así del tiempo advierte la cautela
una pasión de desengaños rica,
y su inadvertimiento califica
las injurias que busca y no recela.

De semejante impulso que el alado,
cándido, aunque lascivo pensamiento,
a morir me conduce mi cuidado,

y me voy por mis pasos al tormento
sin que se deba el mal solicitado
los umbrales pisar del escarmiento.

XLVI

Aquí donde fortuna me destierra
con vos estoy, señora, aunque sin veros,
por milagro este bien me hizo quereros,
que en lo demás ningún pesar me yerra.

Sin que pueda morir me falta tierra;
moriré en la memoria de perderos,
seguro con saber que ha de teneros
en sí mi alma donde Amor os cierra.

A la vista inmortal del pensamiento
no se verá jamás que ausencia impida
lo que impide a mis ojos hoy mi suerte.

Ni yo desde tan largo apartamiento
tengo más que ofrecer que una vida,
que de no veros es eterna muerte.

XLVII

Callar quiero y sufrir, pues la osadía
de haber puesto tan alto el pensamiento
basta por galardón del sufrimiento
sin descubrir más loca fantasía.

Sufrir quiero y callar, mas si algún día
los ojos descubrieren lo que siento,
no castigéis en mí su atrevimiento,
que lo que mueve, Amor, no es culpa mía.

Ni aún ellos por mirar el propio objeto
de su felicidad merecen pena,
que basta la que sufren con su ausencia.

mas ¿cómo podrá amor estar secreto
dentro de un alma de esperanza ajena,
si la piedad no esfuerza su paciencia?

XLVIII

Es tan glorioso y alto el pensamiento,
que me mantiene en vida y causa muerte,
que no sé estilo o medio con que acierte
a declarar el bien y el mal que siento.

Dilo tú, Amor, que sabes mi tormento,
y traza un nuevo modo que concierte
estos varios extremos de mi suerte,
que alivian con su causa el sentimiento.

En cuya pena, si es glorioso efeto
el sacrificio de la fe más pura
que está ardiendo en las aras del respeto,

ose el amor, si teme la ventura,
que entre misterios de un dolor secreto
amar es fuerza, y esperar locura.

XLIX

Arbitro Amor entre esperanza y miedo,
sigue natural fe de una porfía;
yo entre razón y voluntad debía
decidir sólo, y más ambiguo quedo.

Piso ya el laberinto en cuyo enredo,
si luz me ciega, ceguedad me guía;
puedo conmigo, y no lo que querría,
quiero de mí y de vos lo que no puedo.

Sí debiera poder, mas no asegura
razón Amor, que ahora ingratamente
agravios da a beber a fe tan pura.

Sospechoso rigor cuyo accidente
ha hecho desdichada la ventura,
la fe culpa, y la queja conveniente.

L

¿No es tiempo, tirano Amor, que vea
de tus violencias crédito en mi ejemplo?
Colgadas mis cadenas en tu templo,
justo será que desengaños crea.

Un mentido esperar cuando lo sea
entre envidia y desprecio me contemplo,
cuando pasiones en avisos templo,
con peligros amor me lisonjea.

Vuelvan los negros ojos a su aljaba
los vivos rayos, que el arpón ardiente
debe mejores blancos a sus tiros.

Miraré cual está, no cual estaba:
de osar cobarde, y de temer valiente;
lágrimas me concede y no suspiros.

LI

Que no puede sufrir quien no confía

un castigado y no rendido intento,
donde luz de mejor conocimiento
mueve la voluntad, sus fines guía.

Es de la fe lisonja la osadía,
y la esperanza de la fe un aliento,
cuando constante en el mayor tormento
tiene amor por enmienda la porfía.

Vuelve, pues, de sus ansias no vencido,
el efecto de un lícito deseo
que sufre osado, si cobarde espera.

Gloriosamente admiración caído
a piélagos de amor en que me veo,
volar inaccesible alas de cera.

LII

Tal vez la más sublime esfera toco
de los orbes de amor, do pruebo y siento
un infeliz, cobarde encogimiento
con que a imperfecta lástima provoco.

A mucho se dispone y vuela poco
mi osado y rendido pensamiento,
muy temeroso para atrevimiento,
y para no atrevido ya muy loco.

¡Oh laberinto, oh confusión, oh engaño,
en que estoy, la que sufro y la que sigo,
sin fe el remedio y sin aviso el daño!

Donde el hado infelizmente enemigo
es oráculo ya de un desengaño
que quiso ser remedio y fue castigo.

LIII

¡Oh volador dichoso que volaste
por la región del aire a la del fuego,
y en esfera de luz quedando ciego
alas, vida y volar sacrificaste!

Y como en las de Amor te levantaste,
tu fin incauto fue el piadoso luego
que te dio libertad, pero tú luego
más con el verte libre te enredaste.

Efectos de razón, que aquellos brazos
soltando prenden, y, si prenden, matan
con ciegos nudos de eficaz misterio.

¡Oh muerte apetecida, oh dulces lazos!,
donde los que atrevidos se desatan
vuelven con nueva sed al cautiverio.

LIV

Tengo que decir tanto de mi estrella
que de la de los otros no sé nada,
si vos no la dejáis acreditada,
siendo la esfera el fijo norte de ella.

Nueva y alta noticia; aunque tenella
no deja la memoria perturbada,
sino a nuevos peligros entregada
de seguir luz y de morir sin ella.

Al ciego dios de amor, recién nacido,
pagando parias el tributo ofrezco
de mis ocasos últimos traído.

Feliz yo si a la causa compadezco,
y cuando no pagado conocido,
estrella y luz de aceptación merezco.

LV

Este gran dios de Amor, este enemigo,
sobre cualquier deidad temido y fuerte,
me asegura en un punto y me da muerte,
mostrando en mí su efecto y su castigo.

Mas tú, cruel, a quien adoro y sigo,
vencedora del tiempo y de la suerte
das fuerza a su rigor para vencerte
por sólo usar de tu poder contigo.

Confiésote milagro de hermosura,
pero conozco en ti el exento efecto
que es el desdén de que el amor se ofende.

La pasión encubierta en arte pura,
es el misterio libre de un sujeto
que en medio de las llamas no se enciende.

LVI

La llama recatada que encubierta
la tuvo justo miedo de advertida
vuelva ahora de afectos impelida
al sol que la fomenta descubierta.

Amor es quien la sopla y quien despierta
mi antigua pena, al parecer dormida,
amor que alarga a mi deseo la vida,
y no da vida a mi esperanza muerta.

Yo estoy muriendo en medio de este fuego,
en esperar, y no en sufrir cobarde,
penas de olvido, olvido de mi muerte.

Mas no dejo de ver estando ciego
que no hay remedio, o bien que ya no tarde,
ni mal que contra mí no se concierte.

LVII

¡Ay loco Amor, verdugo de la vida,
confuso laberinto del cuidado,
hoz del sosiego, siempre desdichado,
de caer en tus manos de homicida!

¿Tú te atreves a mí, tú que perdida
tuviste la victoria que has ganado,
hallándote de mí tan despreciado
que no temí tu flecha endurecida?

Ya te vengas cruel, que ejecutaste
tus efectos en mí de tus furores.
Mira que estoy, sino rendido, muerto;

y aunque así de vencerme te gloriaste,
dirás que me mataron tus rigores,
que me rendiste no lo dirás cierto.

LVIII

Volved a ver, señora, este cautivo
al remo eternamente condenado,
por albedrío y voluntad forzado,
a pesar vuestro y aún al suyo, vivo.

Siendo agravios los más, ¿para qué sigo?
Amor sólo en la fe no me ha tentado,
que como a cosa vuestra ha reservado
de esta parte el tormento tan esquivo.

Con ella viviré seguramente
sin buscar a mis males otra cura,
porque ninguno de ellos la consiente.

Y visto que es mi mal desdicha pura,
la fe remediará todo accidente
en que no tenga parte la ventura.

LIX

Bien podrá parecer, si ahora canto
en triste voz al son de mi partida,
cisne que se despide de la vida,
o vida que jamás despide el llanto.

Deshizo Amor la fuerza de su encanto,
cobré la vista que tenía perdida;
de sinrazones mi razón vencida,
puede más que un amor que pudo tanto.

Poblaré de suspiros los desiertos,
no de quejas, señora, aunque más tenga,
yendo a buscar la muerte que no hallo.

Si al daño vivo, los remedios muertos
la tienen, que el amor me la detenga;
yo la llevo segura en lo que callo.

LX

De estas lágrimas vivas derramadas,
en mi paciencia un tiempo detenidas,
hoy mis quejas se ven interrumpidas,
mas no con su razón acreditadas.

Aunque de más ofensas agraviadas,
no dirán que se dan por ofendidas;
porque ganan el nombre de sufridas,
no pierden el que tienen de calladas.

En manos del silencio me encomiendo,
por no perder lo que sufriendo callo
por lo que con mis lágrimas os digo.

Y tan lejos de vos quedo muriendo,
que aún engaños que hacerme ya no hallo,
y probar más remedios es castigo.

LXI

Determinarse y luego arrepentirse,
empezar a atrever y acobardarse,
arder el pecho y la palabra helarse,
desengañarse y luego persuadirse;

comenzar una cosa y advertirse,
querer decir su pena y no aclararse,
en medio del aliento desmayarse,
y entre temor y miedo consumirse;

en las resoluciones, detenerse,
hallada la ocasión, no aprovecharse,
y perdido de cólera encenderse,

y sin saber por qué desvanecerse;
efectos son de amor; no hay que espantarse,
que todo del amor puede creerse.

LXII

Después de haber pasado mil contrastes
del tiempo, del amor, de la fortuna;
despedido esperanzas una a una,
roto los lazos que en secreto armastes;

después que vos y el mundo me avisastes
de cuanta vanidad cubre la luna;
cuando ya la ambición no me importuna,
ni aquel nudo me aprieta, que aflojastes;

después de haber gozado largos años
de un reposo imperfecto, porque el miedo
de este peligro siempre me ha seguido;

la libertad rendí a muchos engaños:
crucé los brazos a aquel gran denuedo,
tan desacostumbrado a ser vencido.

LXIII

Esta imaginación que sólo estriba
en cerrar a mi bien siempre la puerta,
un forzoso imposible en mí concierto,
hallando gusto en pena tan esquivada.

Como no deja causa tan altiva
vislumbre de descanso, ni aun incierta
quedó tan lejos la esperanza muerta,
que aun no me acuerdo que llegase viva.

Mi esperanza murió sin haber sido,
por no ofender la fe que desterrada
la dejó por razón y por ventura.

Murió en idea sin haber nacido,
y en las razones a que fue entregada
vive la fe, señora, más segura.

LXIV

Es muerta la esperanza a quien ausente
vive de su dolor atormentado,
pues vive con extremo enajenado,

y el alma martiriza juntamente.

Tal vez le enseña a amar su bien presente,
para pena mayor de su cuidado,
tal vez de fantasías rodeado,
morir se mira y abrazarse siente.

Luego del bien le ciñen sus dolores,
para llegar a amar merecimientos
a quien el alma suya está rendida.

Pues vive sólo en fe de sus amores,
y si vive es muriendo en pensamientos,
puesto que sin morir no venga vida.

LXV

Ofensas son, señora, las que veo,
hechas a vuestras grandes perfecciones,
porque adonde acredita sus pasiones
sólo Amor las escribe y yo las leo.

Vencida queda el arte del deseo,
los imposibles dando por razones,
y en esta fe, tan libre de opiniones,
fundo lo que de vos no alcanzo y creo.

Si en lo menos se pierde más el tino,
¿en lo más qué será de aquel traslado
que procura sacar el arte en vano?

Sólo yo tengo aquel tan peregrino
en que el original no está agraviado,
hecho en mi corazón por vuestra mano.

LXVI

Estos mis imposibles adorados,
con ser por imposibles conocidos,
tienen tan encantados mis sentidos,
que están de mis desdichas olvidados.

No porque ya no están asegurados
y en la fe que mantienen presumidos,

mas porque bienes nunca merecidos
quedan en presunción como gozados;

y así la fe que en tu razón espera
sufrir y padecer cuanto viniere
del peligroso estado de mi suerte,

hará que viva amor aunque yo muera
y vos iréis adonde el alma fuere,
que esto no me podrá quitar la muerte.

LXVII

Mil veces afrentado en esta vida,
quisiera ya romper sus duros lazos;
pero pónenme estorbos y embarazos
la ley que guardo, sólo a vos debida.

Hubiera mi paciencia inadvertida
las cadenas de amor hecho pedazos,
mas la culpa y dolor, que andan a brazos,
a mi sólo razón dejan vencida.

Así queda la duda declarada
y el corazón, señora, condenado
a que espere de vos lo que más sienta.

Ríndese la razón desconfiada,
porque sufrir la vida en tal estado
no solamente es daño, sino afrenta.

LXVIII

Estos hijos de amor mal conocidos,
en acechar su mal sólo ocupados,
son una quintaesencia de cuidados,
más desvelados cuanto más dormidos.

Mueven guerra a la fe y a los sentidos,
abrasan, y temiendo, están helados,
y son ajenos bienes que, soñados,
quedan en propios males convertidos.

No tiene ser, y danle a su tormento

peligrosa fuerza violentada,
y sólo de los daños son testigos.

Tienen por ley la de mudar intento,
y con una sospecha idolatrada,
son aconsejadores enemigos.

LXIX

Son celos un temor apasionado,
que a la razón ninguna fuerza deja,
y amigo peligroso que aconseja
y no consiente ser aconsejado.

Sueño a los más despiertos más pesado,
sobresalto que culpas apareja,
que una locura, en presumida queja,
tiene al entendimiento siempre atado.

Manda y gobierna cuanto no aprovecha,
y así la presunción acreditada
teme, condena y da dolor con ira;

y tiene en sobresalto a la sospecha,
sin fuerza a la verdad como asombrada,
y por ley absoluta a la mentira.

LXX

Estas ansias de amor tan officiosas
en estar sus peligros previniendo,
ofenden sin temor y están temiendo
mil cobardes quimeras sospechosas.

Víboras y serpientes venenosas,
que en lo inmortal ponzoña están vertiendo
interiormente muerden, y en mordiendo,
dejan rabiando y quedan rabiosas.

Peligrosa asistencia de un cuidado,
que lo que no quisiera significa,
y todo lo desea hallar culpable.

Mal que tiene de bien el ser buscado,

remedio que la muerte pronostica,
y agravia el mal, dejándole incurable.

LXXI

Buscando siempre lo que nunca hallo,
no me puedo sufrir a mí conmigo,
y encubierta la culpa y no el castigo,
me tiene amor, de quien nací vasallo.

Yo sufro y no me atrevo a declarallo,
con ver tan imposible el bien que sigo,
que cuando me condena lo que digo,
no me puedo valer con lo que callo.

Sigo como a dichoso, no lo siendo;
quisiera dar razones y estoy mudo,
y de puro rendido me defiendo.

el tiempo fío lo que en todo dudo,
y en fin he de mostrar claro muriendo
que en mí el amor más que el agravio pudo.

LXXII

Amor, Amor, tu ley seguí inconstante
perdida la razón, perdido el tino,
y el efecto cruel de mi destino
no quiere que me queje ni me espante.

Y así, para pasar más adelante,
faltan a mí tus fuerzas y camino,
y el porfiar siguiendo un desatino
será ser loco, pero no constante.

No me vendas tan caros tus trofeos,
que ya de escarmentado, mi fortuna
esta parte reserva de tu mano,

no dejando los íntimos deseos
rendidos a la cólera importuna
que su fuerza y poder resiste en vano.

LXXIII

Milagros en quien sólo están de asiento
alta deidad y ser esclarecido;
resplandeciente norte que ha seguido
la imaginaria luz del pensamiento,

a cuyo vario y libre movimiento
del vivir y morir se tiene olvido;
éxtasis puros del mejor sentido;
misteriosa razón del sentimiento;

ejecutiva luz que al punto ciega;
noble crédito al alma más perdida
donde son premios muertes y despojos;

Oriente a quien la noche nunca llega;
cierta muerte hallara en vos mi vida:
a ser morir, morir por esos ojos.

LXXIV

Inexpugnable roca, cuya altura
contrastan mi desdicha y mi tormento;
deidad donde el amor, cobrando aliento,
alimenta mi propia desventura.

De mi estrella fatal violencia pura
en parte puso el libre pensamiento
donde la gloria que penando siento
ni la da ni la quita la ventura.

Y como es bien que sólo en mal consiste
seguro viene a ser independiente,
y otra causa eficaz de mis sentidos;

sólo a la voluntad, que no resiste,
consagra a la razón del mal que siente
suspiros por su causa bien perdidos.

LXXV

De aquella pura imagen prometida,

que en la mente inmortal se fue formando
van especies confusas consagrando
en comprensión a luz tan excesiva.

Mas la pasión de amor, fuerza es querida,
su deleitable idea alimentando
con imposible bien, acreditando
ansias forzosas en que muerto viva.

En la forma, la acción, halla razones
la voluntad que a la razón sujeta,
porque nace invencible apasionada.

Y entre la confusión de estas acciones
sigue la fe la parte más perfecta
y menos de los fines aprobada.

LXXVI

Divina ausente, en forma fugitiva
para desigualdad de nuestra suerte,
pues tú en el sumo Sol vas a ponerte,
yo quedo en soledad de luz altiva;

por declarar que en esa sombra esquiva,
quien en polvo y ceniza se convierte,
contra las mismas fuerzas de la muerte
queda por fama eternamente viva.

Así llega este trueque a ser ganancia
de trabajosa y miserable vida,
por dos siempre seguras, inmortales.

Sólo quejoso Amor de la distancia,
ya de aquel sol es sombra perseguida
con noche eterna y con eternos males.

LXXVII

Esta flecha de amor con que atraviesa
de parte a parte el corazón rendido,
de tan gloriosa causa ha procedido,
que me siento morir, y no me pesa.

Ya el alma en su tormento no confiesa
sino su cautiverio apetejado,
pues con aprobación de mi sentido
funda su libertad en estar presa.

Ver, adorar, morir, fue todo junto,
dando, con sólo veros, mi tormento
forzosa causa a su mortal estado.

Porque a tan gran peligro basta un punto,
y a la luz de sus ojos un momento,
para dejar sin vida a un desdichado.

LXXVIII

Contradicen razón y entendimiento
las trazas y remedios que imagino,
y si Amor busca en vano algún camino,
sólo llega por él al escarmiento.

Es cuchillo del alma el pensamiento,
siendo del cierto mal, cierto adivino,
y siendo tanto aqueste desatino,
que desatino más cuanto más sientio.

Si a mí quiere volverme en tal estado,
el errar por costumbre no me deja
percibir cual me tienen mis engaños.

Siendo yo el ofensor y el agraviado,
el autor de la causa y de la queja,
y el que causa y padece tantos daños.

SONETOS ITALIANOS

LXXIX

De este eclipsado velo en tomo oscuro,
en sordas sombras de tristeza envuelto,
lo que fue corruptible está resuelto
y lo puro a buscado a lo más puro.

Donde pisando el cristalino muro,
de mortal peso ufanamente suelto,
a la causa primera sólo vuelto,
sumo y eterno bien goza seguro.

¡Oh espíritu feliz que, cuando imperios
mortales deja, alcanza eterno asiento
ante el fin verdadero de los fines!

A donde aprende en parte los misterios
con intérprete voz, con dulce acento
de incesable cantar de serafines.

LXXX

De engañosas quimeras alimento
la atrevida esperanza y el deseo,
que me obliga a seguir lo que no creo
y me hace creer lo que más siento.

No es capaz mi locura de escarmiento,
antes de la ilusión con que peleo
suspensamente absorto, ya no veo,
sino la ceguedad del vano intento.

Cerrados, pues, los ojos, y el discurso
incapaz de la luz del desengaño,
sólo la voluntad llevo por guía.

Por costumbre los yerros hacen curso,
y la constancia inútil en el daño,
por honra tiene ya lo que es porfía.

LXXXI

Marino, si es tu nombre el que tiene
el honor de las musas, ¿qué castigo
de hado con violencia de enemigo
tolerante paciencia no previene?

Si el dios del arte en tu defensa viene,
hecho del desengaño dulce amigo,
menos solo estarás solo contigo,
pues en ti la virtud su premio tiene.

Superior en los casos y en las cosas,
bajarás a mirar gloriosamente
las inquietudes del glorioso Marte,

y cuando emulaciones cautelosas
alteren el sosiego a tu memoria,
a ti te puedes de ti en ti escaparte.

LXXXII

A una dama que se peinaba

En ondas de los mares no surcados
navecilla de plata dividía;
una cándida mano la regía
con viento de suspiros y cuidados.

Los hilos que, de frutos separados,
el abundancia pródiga esparcía,
de ellos avaro, Amor los recogía,
dulce prisión forzando a sus forzados.

Por este mismo proceloso Egeo
con naufragio feliz va navegando
mi corazón, cuyo peligro adoro.

Y las velas al viento desplegando,
rico en la tempestad halla el deseo
escollos de diamante en golfos de oro.

LXXXIII

El soberbio africano que oprimida
a Italia tuvo el tercer lustro entero,
hartó de sangre su sediento acero,
del Capitolio en deshonor vertida.

Dígalo en Canas tanta esclarecida,
frustrada audacia, y díganlo primero
Trebias y Trasimeno, cuyo fiero
tributo espuma en sangre fue teñida.

Mas este mismo pecho a quien no pudo

resistir el valor del pueblo osado,
decoro militar, genio de Marte,

rinde en campaña armado el dios desnudo;
que al violento arpón del ciego alado
cede la fuerza y no aprovecha el arte.

LXXXIV

Las pompas con que Roma vio superba
las estrellas un tiempo amenazadas,
del padre de los siglos habitadas,
poca son hoy ceniza y mucha hierba

que al poderoso culto nos reserva
serie de años a edades canceladas;
esclarecidas obras decantadas
con aliento vivaz Fama conserva.

En los anales sólo, en los archivos
de la inmortalidad, gloriosamente
muertos renacen para siempre vivos.

Cuando el valor no adquiere el accidente
de aplausos y de obsequios ilusivos,
al tiempo engaña, y al virtud no miente.

LXXXV

Estas de admiración reliquias dinas,
tumbas, anfiteatros, coliseos,
del tiempo son magníficos trofeos,
imperiales ya pompas o ruinas.

Tú, mortal, que esto ves, y no terminas
el plazo a la ambición de tus deseos,
¿no adviertes de los Fabios y Pompeos
tantas, en polvo hoy, fábricas divinas?

A la inmortalidad cierra el camino
el que escalar pretende en vano el cielo
con el que su ambición fausto permite.

La virtud es el medio peregrino,

el valor y el talento prestan vuelo,
sin que el tiempo contrario lo limite.

LXXXVI

A la casa de Nuestra Señora de Loreto

No colosos, ni pompas de romanos
son de mi admiración el argumento,
mas la casa en que tuvo fundamento
la vida y redención de los humanos.

Huyan lejos de aquí pechos profanos,
ángeles sólo, en soberano acento,
den al mismo sujeto el pensamiento
a quien dieron las alas y las manos.

En las almas se estampe la memoria
del celestial traslado misterioso
que dio a Italia renombre soberano.

Y a la humildad triunfante y a su gloria
devoto ofrezca el corazón cristiano
verdadero dolor, llanto piadoso.

LXXXVII

A la capilla de Paulo V en Santa María la Mayor

Esta máquina y pompa, cuya alteza
fue con tan justo celo fabricada,
que en ella se nos muestra declarada
la piedad de su sueño y la grandeza;

donde el discurso incrédulo tropieza,
y la misma verdad, como asombrada,
el crédito suspende, y por soñada
tiene la admiración y la riqueza.

Aplauso es bien debido al mausoleo
cuyo sujeto, prodigioso en arte,
más eleva el juicio que los ojos;

pero de inmortal obra y de un deseo,

sólo viene a quedar humilde parte
para depositar tales despojos.

LXXXVIII

Al sepulcro del apóstol San Pedro

Este ahora al primero dedicado
de los senos de Dios sacro piloto,
no sólo es templo, afecto si devoto
de vivo altar, de túmulo animado.

Cuyo sublime culto hoy ve logrado
al más heroico y religioso voto
que la común ejecución de Cloto
con dos eternidades ha violado.

Alta no construcción, no fuerza de arte
en virtud puede dar, de muertos vivos,
voces a piedras, a metales ojos,

cuando colosos sacramento altivos
humildes son, y aun no con digna parte,
para depositar tales despojos.

SONETOS GONGORINOS

LXXXIX

A un pintor

No sólo admira que tu mano venza
el ser de la materia con que admira,
sino que pueda el arte en la mentira
a la misma verdad hacer vergüenza;

cuyo milagro a descubrir comienza
en el valor con que las líneas tira,
paralelo capaz, con que la ira
del tiempo, hoy del olvido se convenza.

Tener cosa insensible entendimiento
hace, donde el engaño persuadido

por verdad idolatre al fingimiento.

¡Oh milagro del arte que ha podido,
dando a una tabla voz y movimiento,
dejar sin él en ella el sentimiento!

XC

Al Duque de Alba

El más que digno sucesor del claro
primer Fernando y Marte no segundo,
dado todo al dolor, negado al mundo,
Alba queda de un sol de luz avaro.

Extinto no, que, virtual su amparo,
astro ya fijo logra ardor fecundo,
cual, en flamantes plumas ya segundo
clima, viste inmortal volante raro.

Por estos grados, hoy, en la sublime
región empírea es alta moradora,
Fénix que nace, y sol eterno en ella;

rayo, pues, de su luz vital anime,
ya de horizonte interminable aurora,
el alba de quien fue tan digna estrella.

XCI

Son tus claras virtudes, gran Fernando,
más que tu fama, y sólo tú más que ellas,
y vencida la envidia en gloria de ellas
a ti mismo tú mismo estás premiando.

De fin caduco, pues, fin despreciando,
tu dictamen pisando las estrellas,
el gran progreso de tus obras sellas
a inmortal luz tu nombre trasladando.

Claro por sangre y por virtud famoso,
a tus mismos efectos semejante,
como en celo, en talento prodigioso.

Del tiempo vencedor sólo bastante
a sustentar el peso peligroso
que temes Alcides, y que gime Atlante.

XCII

A un presidente de Castilla

Sacro Pastor, cuya vigilia alcanza
el virtual asunto soberano,
por quien Astrea confió a tu mano
el cándido nivel de su balanza;

freno a la culpa, al mérito esperanza,
y miedo pones al aplauso vano;
afecto de piedad, celo cristiano,
que el poder ajustó con la templanza.

Acrisoló de tu virtud el vuelo
el celante cuidado, cuya fama
es prenda en ti de dos eternas vidas;

que estos impulsos débiles del cielo,
avisos son, y voz con que te llama:
mas él te acuerda y tú, señor, no olvidas.

XCIII

Sacro Pastor, cuya advertida vara
su grey ilesa conducir pretende,
y más con el ejemplo reprehende
que con la voz por sus avisos clara.

Corrige el vicio, a la virtud ampara,
pues la que en fe y en caridad se enciende,
si en grado no, por méritos asciende
de la mitra al honor de la tiara.

Feliz dictamen, ínclitos cuidados,
manos piadosamente liberales,
voz que fines nos muestres sólo eternos;

cuyos efectos pueden, alumbrados

con la voz de doctrinas celestiales,
hacer de piedras duras hombres tiernos.

XCIV

Florecente esplendor en quien contemplo
cuanto tú mismo a tus virtudes debes,
cuanto con sacra voz las almas mueves,
y más que con la voz con el ejemplo.

Luz cuya infusa luz muestra en el templo
eternos fines con avisos breves,
cielo con quien alientas, si no atreves,
una esperanza en quien mil ansias templo.

Los venerables bien vividos años
logra feliz, tus canas sean espejo
a luz de verdaderos desengaños.

Nunca mozo veremos al que viejo
en las virtudes desvanece engaños
del mundo, con su aviso y su consejo.

XCV

De este pastor cuya cerviz exenta
el aplauso feliz logra del prado,
a la onda obedece y al callado
numeroso redil, ovil sin cuenta.

Pues que si la robusta lucha interna,
o al culto se dedica ejercitado,
de las serranas nuestras aclamado
la envidia de estas selvas alimenta.

No tiene el bosque en sus entrañas, fiera
segura de las armas de su ira,
ni toro exento al yugo en su ribera;

si de amor canta o por amor suspira,
corazones de piedra vuelve en cera
con los dulces acentos de su lira.

XCVI

En cunas de esmeraldas, de esta fuente
aljófar nace o fugitiva plata,
cuyas márgenes claras no dilata
en cuanto su cristal adoleciente;

en undosa después firma creciente,
que de grillos de hielo se desata
sin llagar donde muere, nunca mata
la fatiga y la sed de su corriente.

¡Oh retrato, oh espejo de la vida,
que en vanas plumas de sus fines vuela,
más engañada y menos advertida,

a donde la razón no se rebela,
siguiendo una lección apetecida
por quien ha de morir, por quien anhela!

XCVII

A una nave que después de muchas borrascas, flotando segura, llegó al puerto

Este en selva constante alado pino
que los impulsos resistió de Eolo,
pisó las metas de uno y otro polo
felizmente en entrambos peregrino.

Cuyo vuelo inmortal, cuyo camino,
primer milagro al mundo, si no solo,
émulo puerto al discurrir de Apolo
en la inmortalidad a lograr vino.

Donde con nombre digno de Victoria
en los álgidos senos no hay ninguno
sin viva luz de su farol ardiente,

tal que el tiempo tributa a la memoria
del gran Jasón, del ínclito Neptuno,
náutico honor del húmedo tridente.

CXVIII

Tú que con mancha ilustre en clara espada,
campeón de Cristo y de la patria fuiste,
cuando en bárbara sangre la teñiste,
de gente al rey y al cielo rebelada;

y de impulsos celantes tu fe armada
glorioso a Marte adverso te opusiste,
tal que en ambas fortunas conseguiste
próspera adversidad, gloria envidiada.

Cual con la espada, logra con la pluma
trofeos, y el aplauso de tu gloria
dé la virtud corona, el cielo palmas.

Sumo el honor, y la fatiga suma
en la segunda y no menor victoria
el cielo sólo premie triunfo de almas.

XCIX

En tus penates hoy, sacro escarmiento,
cuelgo la quilla de mi rota nave,
que del mar de fortuna el rigor sabe,
y los impulsos de contrario viento.

Pondrá del tiempo este prodigio exento,
si digno olvido de tus iras cabe,
en quien sublime ya, y ahora grave,
tumba le cubre el húmedo elemento.

A quejas halle mudo, sordo a ruegos,
undoso dios de senos inconstantes,
cuando sirenas visten sus marinas.

Sean, pues, de la fortuna en mares ciegos,
a peligros de amantes navegantes,
mi voz aviso y norte mis ruinas.

C

Muda selva deidad pisó la mora
en los rubios crepúsculos del día,
canora Delia, o Ciprea que nacía

undosa en Tetis, no de blanca aurora.

Los senos vagos de Pomona y Flora
primavera animada concedía
al que en su margen apacible cría
la rica arena a quien su planta hoy dora.

Segunda margen de zafir del cielo,
deidad brama celosa en su ribera,
cuando sus cuernos copia son de flores,

donde, cisne lascivo ya, quisiera
en blancas plumas, cómplices de amores,
facilitar más cauteloso vuelo.

CI

Mal haya el temerario, el ambicioso,
en el mar monstruo cuando no marino,
que hurtó al bosque el mal nacido pino,
para darle a Neptuno proceloso;

y fiero labrador de campo algo
sembró en el viento el porfiado lino,
que entre aquilón y cierzo dio camino
a náutico inculcar piélagos undosos.

Porque a insultos piráticos el puro
rubio expuso, metal solicitado
de tantas hoy fatigas perennales.

Por cuya ya venganza el frigio muro
de lágrimas sangrientas vio bañado
cuando entre ciego honor, llamas fatales.

CII

A la hermosura de las cosas criadas

Es la belleza un rayo del primero
lumen, por mil centellas derribado,
a donde vibra en parte trasladado
del Sol Eterno un campo verdadero.

Color que condición muda severo
este bien altamente originado,
que ser no puede en carta retratado,
en tela si de juicio y no grosero.

Cuando Diana argenta y dora Apolo,
supedita la luz de sus centellas,
y templo es suyo el uno y otro polo.

Los milagros de amor que ostenta en ellas
él los describe, y sean de ellos sólo
los orbes carta y letras sus estrellas.

CIII

Esta cuna feliz de tus abuelos,
si en edad muertos, vivos por memoria,
no consta sólo de caduca gloria,
afrenta en simétricos modelos.

Porque sus piedras dan envidia y celos
al esplendor de la latina historia,
hechos tanto blasón, tanta victoria,
templos de Marte y de la fama cielos.

Presas banderas, príncipes vencidos,
rotos arneses, yelmos abollados,
mármoles son del tiempo no mordidos,

donde con sangre viven trasladados
reinos gloriosamente defendidos,
reinos gloriosamente conquistados.

CIV

Si con mayor peligro que escarmiento
olímpicos alcázares escalas,
nieguen, Amor, las plumas de tus alas
el ser de cera al sol, de nieve al viento.

Présteme ya tu soberano aliento
esperanza que infundes, fe que exhalas
y archiven cuanto anime, cuanto igualas

piélagos del diáfano elemento.

Ya fugitiva luz de astros errantes,
conduzca osado el peligroso vuelo,
donde, aun cayendo, gloria me colijo.

De ansias menos felices que constantes
el golfo, si de gracia es mar de cielo,
inmutable, sea fiel mi norte fijo.

CV

A una señora que cantaba

La peregrina voz, y el claro acento
por la dulce garganta despedido,
con el suave afecto del iodo,
bien pueden suspender cualquier tormento.

Mas el nuevo accidente que yo siento
otro misterio tiene no entendido,
pues en la mayor gloria del sentido,
halla causa de pena el sentimiento.

Efectos varios, porque el mismo canto
deja, en la suspensión con que enajena,
cuerdo el enloquecer, la razón loca.

Y por nuevo milagro o nuevo encanto,
cuando la voz más dulcemente suena,
con ecos de dolor el alma toca.

CVI

Estas ruedas de amor que no suspenden
varios tormentos que causando ignoras,
si un tiempo indican con la mano y horas,
horas fatales de tu mano penden.

De cuya voluntad no se defienden
las penas que renuevas y mejoras,
atenta sólo al tiempo que empeoras
a los que, más rendidos, más te ofenden.

Tú, inexorable parca de las vidas,
con vulnífico fin los hilos corta
que están en lo profundo de tus ruedas,

y con piadosas manos homicidas
las vidas y tormento junto acorta,
si con último mal vengada quedas.

CVII

Este divino objeto en forma humana
que menosprecia altar y estrellas pisa,
mata en un punto y nos parece aprisa,
tanto el que muere a tales manos gana.

Poderosa razón la ley tirana,
que primero da muerte y luego avisa,
teniendo en el enojo y en la risa
aire supremo y fuerza soberana.

¿Cuándo alma exenta a rayos de sus ojos
no percibió del poderoso ciego
a la luz más pura efectos alumbrados?

Nueva ambición de apetecido fuego,
a donde por su causa los enojos,
como si no matasen presurados.

CVIII

Esta no es culpa, aunque su inmensa pena
a inmortales asuntos me destina,
si amar hombre mortal beldad divina
en tus leyes, Amor, no se condena.

Estrella, pues, de luz siempre serena,
a venturosa muerte me encamina,
Fénix etérea, pompa peregrina,
de los bosques deidad, del mar sirena.

Los montes la veneran cazadora,
las selvas ninfa y diosa las riberas;
próvido amor le rinde sus despojos.

La suya venturosa edad honora,
la que en orbes de luz formando esferas,
rayos vibra, que rayos son sus ojos.

CIX

Ríndome al tiempo, cedo a la violencia
de fortuna cruel, de injusto hado,
y no voy mal, pues voy desengañado
de mi esperanza y no de mi paciencia.

De hoy más viva celante la advertencia,
tal que apenas de incrédulo avisado,
librando el tribunal de mi cuidado
en la fe culpa, en el temor prudencia.

Mis repetidas quejas dan al viento
el que nunca recato desmentido,
ni el miedo culpa, ni el peligro engaña.

Mudará clima, y firme en el intento,
ánimo contrastado y no rendido,
treguas hará, y no paces con hazaña.

CX

Rocas que a la verdura de este llano
le servís de corona o de muralla
cuyo hielo, que es hoy rígida malla,
fuerza solar pretende abrir en vano.

De esta misma esperanza el horror cano
que al Olimpo le intima otra batalla,
cristal la nieve hiciera, y al soltalla,
diera al monte sus hojas el verano.

De los tiempos alternan los efectos,
y, los efectos alternando caos,
orden guarda aun lo mismo que van.

Sólo, más poderosos o imperfectos,
astros de luz y de piedad escasos
niegan intermisión al ansia mía.

CXI

Articuladas lágrimas desata
desterrado pastor de su cabaña,
y del líquido fuego en que se baña
forme el cielo dos márgenes de plata.

Buscad, ondas, les dice, de una ingrata
el cristal fugitivo en la campaña,
que si el vuestro de amor su plata engaña
veréis que aun del que llora se recata.

Si no que disfrazada el ansia mía,
la piedad invocando del desierto,
fuego introduzca en la región más fría.

En mar podrá de olvido tomar puerto
de feliz acogida la porfía,
si llevare por nueva que estoy muerto.

CXII

De nuestras selvas el mejor Narciso,
o por lo bello o por lo enamorado,
de suerte no, de cristal sí animado,
quejoso he visto yo de un verde aliso.

Norte será de hoy más, árbol de aviso,
en piélagos de llanto, en cielo airado,
de un firme corazón que, desamado,
dio experiencias de amor de cuanto quiso.

Huyan pastores, caminantes dejen
la estrecha senda, el infeliz camino
que niega un ciego dios sin fe ninguna.

Y si no la huyeren no se quejen,
pues les da luz y les conduce a tino
el peligroso error de mi fortuna.

CXIII

Las no cuajadas perlas de este río,
que en urna breve su cristal desata,
undoso plecto son, cuerdas de plata,
que alternan voz y llanto con el mío.

Fortuna, pues, común, común desvío,
a bien conforme vínculo nos ata,
grillos de hielo en margen pone ingrata,
cuando a yerros vincula mi albedrío.

Articulado, pues, el sentimiento
en líquida tiorba, en triste canto,
quejas damos recíprocas al viento.

Dulce de Orfeo emulación, en cuanto
animadas sus aguas con mi acento,
su caudal enriquecen con mi llanto.

CXIV

De este antiguo ciprés, que en Menfis pudo,
verde obelisco, aguja ser famosa,
mi fortuna elección hace forzosa,
no menos por funesto que por mudo.

El tronco animará metal agudo,
que, informando corteza misteriosa,
oráculo será de voz quejosa,
vaticinante en mi carácter rudo.

Quejas, seguras ya por no escuchadas,
aunque, por no escuchadas, no perdidas,
endechará de hoy más su mudo acento;

donde, si a la piedad encomendadas,
de su dueño no fueran admitidas,
apelarán al tribunal del viento.

CXV

Dos veces de Favonio el blando aliento
dejó estas plantas en su honor logradas,
y aquí otras dos veces despojadas

a la tierra entregaron su ornamento,

después que, idolatrado mi tormento,
sigo, Amor, esperanzas engañadas,
primero desmentidas que formadas
en la ilusión de un ciego pensamiento.

¿Qué espera la razón, cómo no advierte
sentidos sordos ya con voces mudas,
de oráculos que avisa desengaños?

Al que contra sí mismo sólo fuerte
escrúpulos absuelve, vence dudas,
en la fe porfiado de sus daños.

CXVI

En el mes claro, a junio antecedente,
cuando pródigamente le da al Toro
los rubios rayos de su carro de oro
el gran planeta en tronos del Oriente,

a las márgenes frías de una fuente,
en suspiros dolor, perlas en lloro,
aquella en cuyo líquido tesoro
mata celoso Amor la sed ardiente,

matizando en jazmines las orillas
que quiso florecer su pie sagrado,
tiernas, quejosas voces prestó al viento.

Por él salieron luego a recibillas,
no salamandria ya de su elemento,
envidia en ansias, en voces mi cuidado.

CXVII

Si facilita amor de mi osadía
el alto fin, si mi esperanza veo
cumplida del más lícito deseo
que atenta voluntad lograr porfía,

novillos dos de la vacada mía
de tus aras, Amor, serán trofeo,
y el humo suave del licor sabeo

del óptimo holocausto afrenta pía.

Plazo feliz será, cuando cumplido
del que con sólo una promesa incierta
desmiente la presente desventura.

Llegue, pues, ya, del término ofrecido
a voluntad constante, gloria cierta,
logre ya tanta fe, tanta ventura.

CXVIII

Víctima ya de su holocausto sea
a la del niño dios deidad gigante,
el corazón del más feliz amante
que envidia con sus lágrimas granjea.

No rico incienso y llama no sabea
gloria opima te dé, gloria abundante,
mas entre afectos mil arda constante,
nuevo Adonis por nueva Citerea.

Tiña de envidia y no de sangre ahora
celoso Marte el espumoso diente
que arco es de paz el arco de Cupido.

Rosas prestando el tálamo de Flora
al sujeto que más gloriosamente
en la dulce de amor red está asido.

CXIX

Estas de amor, si negras, siempre claras,
con alma estrellas, luces siempre ardientes
son para vida y muerte de las gentes,
de su mayor riqueza más avaras.

Tú, de afectos gran dios, si ahora amparas
suspiros justos, ansias mil dolientes,
pródigas, oficiosas, reverentes,
en sangre y flores correrán tus aras.

Arda en las flores, arda alimentado
Amor de amor, y el admitido ruego

sacrificio se logre ya aceptado.

Gloria la pena y apacible el fuego
su llama aliente el ventilar alado
del gigante dios niño y lince ciego.

CXX

Amor es un alterno beneficio
que recíprocos lazos multiplica,
unión de voluntades que se aplica
a felizmente acepto sacrificio;

gloriosa diversión, atento oficio
de un alma ya de afectos noble rica,
dulcísima abusión que califica
en sublime concordia alto ejercicio;

violenta opresión que se dispone
a lograr en sí misma interiormente
fe que en germina luz rayos enciende;

pasto que la ambición del gusto pone,
dulce dolor que aplaude lo que siente,
arte que ignora más quien más entiende.

CXXI

Entre estas sacras plantas veneradas
del soberbio Aquilón, del Bóreas fiero,
émulo del abril nos da el enero
primavera de flores animadas,

rosas vivas del Tajo, originadas
de luz no funeral, que el verdadero
candor de su crepúsculo primero
conceden hoy al Duero trasplantadas.

No ya Pomona se venere culta,
ni Flora, dando gloria más florida,
cuanto a sus plantas se concede indulta.

Toda humanal injuria suspendida,
con rayos de ojos ciego dios insulta,

cuanta vi libertad y cuanta vida.

CXXII

La lira cuya dulce fantasía
hizo en Delfos honor al rayo puro
del que hurtándole al tiempo lo futuro
eternizó su métrica armonía,

debiera, ninfa bella, ser la mía
porque contra el rigor del tiempo duro
de vuestro nombre el esplendor seguro
sin ocaso lograrse feliz día.

Pero de ronca voz quejoso acento,
¿cómo podrá cantar, si a viva llama
no ayudare de Amor fuerza ni aliento?

Tal que mi pecho ascienda donde inflama
más sublime región, noble ardimiento,
el clarín usurpando de la fama.

CXXIII

Esta verde eminencia, esta montaña,
madre de tanto argento fugitivo,
de venusta deidad quizás festivo
teatro, honor fue ya de la campaña.

Esta, pues, con amargo llanto baña
Tirso, al remedio muerto, al dolor vivo,
cuando las ansias de un dolor esquivo
con dulcísimos números engaña.

Las aguas, a su acento detenidas,
hermosas mayas en conforme coro
de corona le sirven animada;

suspensas unas, otras condolidas,
tanto en métrica puede lira de oro
bien sentida pasión, bien escuchada.

CXXIV

Bellísima sirena de este llano,
estrella superior de esfera ardiente,
animado cometa floreciente,
con rayos negros serafín humano;

sol que a la lumbre de tu luz en vano
resistir puede el lince más valiente,
Fénix que, peregrina, únicamente
logra región de clima soberano.

Aunque la envidia exhale los alientos
de tu veneno, el mérito seguro
luce en símbolo claro de constancia.

Resuélvanse ambiciosos elementos,
que el cielo es siempre cielo, siempre puro,
y accidentes no alternan su sustancia.

CXXV

A una dama que se peinaba

Al sol Nise surcaba golfos bellos
con dorado bajel de metal cano,
afrenta de la plata era su mano
y afrenta de los rayos sus cabellos.

Cuerda el arco de amor formaba en ellos
del pródigo despojo soberano,
y el ciego dios, como heredero ufano,
lince era volador para cogellos.

Bello pincel, no menos bello el mapa
en piélago de rayos cielo undoso
era, y su menor hebra mil anzuelos,

que en red que prende más al que se escapa
cadenas son, y, de oro proceloso,
trémulas ondas, navegados cielos.

CXXVI

Huyendo voy las armas y la ira

de la hoz, eco ya de mi tormento,
cuyo tierno rigor, cuyo contento
suspende admiración, alivio admira.

Las flechas suavísimas que tira
peligro son de articulado aliento,
que en la región estableció del viento
corona llama numerosa lira.

Pero mejor podrá prender el fuego,
dispuesta la materia en un rendido
corazón que os entrega sus despojos,

sordo de veros ya, de oídos ciego,
variando peligros el sentido,
siendo rayos la voz, voces los ojos.

CXXVII

Pulse en dulce quietud canoro leño,
si no escuchado plectro, plectro blando,
hoy que rústicos himnos emulando
de fatigas de amor me desempeño.

Ya que de mis acciones no soy dueño
de avisos en los sauces coronando
en clima aunque infeliz viva logrando
sin culpa el ocio y sin cuidado el sueño.

Recoja, no ya lágrimas Henares,
voces sí, de una voz que al tiempo pudo
violar su ley con bien sentido canto.

Fiaré a la corteza mis pesares,
de la que ninfa un tiempo, hoy tronco rudo
tanto dio que sentir y calló tanto.

CXXVIII

Esta que sacra tórtola viuda
en seco tronco llora al muerto esposo,
y con rigor no menos poderoso
de sus natales plumas se desnuda,

cuya dulce garganta en llanto muda,
huérfano el cuello de su honor undoso,
¡oh sordo cielo!, ¡oh golpe riguroso
de accidente mortal de Parca cruda!,

dolor justo de agravio tempestivo
tiene en desdenes de inmutable hado,
en sombra al sol mas no de luz ajeno,

cuando el nuevo planeta vengativo
corta al que felizmente derribado
del reposo común se ve en el seno.

CXXIX

Sobre este sordo mármol, a tus quejas,
pira ya de aromáticos enojos,
corren líquidos rayos de tus ojos,
perlas que en llanto desatadas dejas.

Donde son sacras ondas las madejas
que dan, muerta su luz, vivos despojos;
florido fruto logran ya de abrojos
o ya del mejor tronco las abejas.

Pues el poder al cielo no limites
en el consuelo tuyo, Nise, en cuanto
las incesables lágrimas no omities,

suspende ya el dolor, enfrena el llanto
lagrimosa beldad, con que permites
que a tanto sol se atreva eclipse tanto.

CXXX

Ya en sumida región las alas queme
y el suelo las acoja por de cera,
un firme corazón aun no se altera,
viendo la misma ruina que le preme.

Y cuando el tiempo en su desdén de extreme,
valor es el que intrépido tolera,
y el ardimiento del que nada espera,
la desesperación del que no teme.

Yo, pues, entre costosos desengaños,
más me quiero ahogar que el falso aliento
que tuve de mentidas confianzas.

Si a luz nueva, logrando nuevos daños,
a mi noticia restituye el viento
torres que en él fundaron esperanzas.

CXXXI

A una dama que tañía y cantaba

A regulados números su acento
reduce esta sirena, cuando
con las pulsadas cuerdas está dando
al arpa voz, al alma sentimiento.

Arco hace el amor de su instrumento,
y soberbio arpón de un mirar blando,
sol que, rayos de fuego articulando,
desvelo da al cuidado, sueño al viento.

Recuerde, pues, Amor, en la dormida
aura, y sus plumas incesables bata
al son de esta dulcísima armonía;

numerosas exequias de mi vida
serán si la piedad no lo dilata,
flechas con yerba de su melodía.

CXXXII

Para mí los overos y los bayos
nunca fueron ardientes resplandores,
sólo me libre Dios de los fulgores
de un blanco serafín con negros rayos.

Esta, pues, luz, anime los desmayos
que dan los, al mirar, ojos traidores,
flor que afrenta viva de las flores,
su boca es perlas y su aliento mayos.

Amor, abeja de esta primavera,

en dos labios libados mil claveles
queriendo fabricar rubios panales,

de que me da el amor alas de cera,
y ellas el nombre a un piélagos de males,
que tiene amarga miel y dulces hieles.

CXXXIII

Este que viste nieve en vaga pluma,
de las frondosas ninfas dulce hermano,
surca el imperio de las ondas cano,
cometa de los orbes de la espuma.

Sátiro de los bosques hoy presume
no fiar lino al aquilón insano,
albor sin desplegar, que imita en vano
sabio monte africano en pompa suma.

Corte, pues, altamente obedecido,
el blanco seno al húmedo elemento,
hoy que a más pura nieve debe tanto.

Borrarás de estas aguas el olvido,
sacra piedad, florido apartamiento,
y no menos mi envidia que su canto.

CXXXIV

A la muerte de un niño

Este pimpollo tierno y generoso,
que se mostraba ya fresco y lucido,
del patrio y fértil tronco dividido,
cayó en el seno del común reposo.

Mas transpuesto en terrenos más dichoso,
renueva flor y fruto enriquecido;
no teme la inclemencia, ni el bramido
del seco invierno y austro tempestuoso.

Que en el eterno reino sin mudanza
luce otro sol más puro, y otro cielo
que en las plantas influye eterna vida.

¿Quién, pues, con tan segura confianza,
oso soltar la rienda al desconsuelo,
viendo en verde sazón gloria florida?

CXXXV

A la muerte de un niño que abortó la Duquesa del Infantado

Esta rama del árbol generoso,
anticipadamente florecida,
de su materno tronco desunida,
cayó en el seno del común reposo.

Mas transpuesta en terreno más glorioso
en primavera eterna, eterna vida
logrando está, seguramente unida
al sol más puro en cielo más dichoso.

Y aunque quiso la envidia recatada
no ver maduro el fruto de la gloria
que produjo pimpollo de tal planta,

madre suya es la Iglesia, y consolada
dulces himnos ofrece a su memoria:
¿qué llora el mundo, pues, si el cielo canta?

CXXXVI

Al Duque del Infantado por la muerte del mismo niño

Vuestra prenda, señor, cediendo al hado
con inmadura muerte lastimosa,
quedó marchita y mustia, como rosa
sin sazón ofendida del arado.

Mas a fragancia en culto no alterado
de más noble pureza y más hermosa,
mano que nos parece rigurosa,
para fruto mejor la ha trasplantado.

Aunque el rigor de aquella sombra oscura,
efecto natural, lágrimas fueron,
y tenidas al trance de perderla,

fe y esperanza cierta os asegura
que a los mortales ojos que la vieron
ha de dar luz eterna para verla.

CXXXVII

A unas cañas, sepulcro de Siringa

Este frondoso honor, esta esculpida
lámina verde en mármol animada,
sepulcro es, piedad acreditada,
que a pastor infeliz prestó acogida.

Siringa, ninfa un tiempo, suspendida
hoy fístula de tronco que, animada,
mudo es trofeo, pompa venerada
del que ya muerto logra mejor vida.

Sobre la urna está compadecido
coro de ninfas, de la ninfa fiera
el rigor en sus plectros repartido.

Y porque muerte ya su voz no muera,
ultimado su acento dolorido,
Eco le lleva a toda la ribera.

CXXXVIII

En nombre de una dama por la muerte de su esposo

Mal inclinado pájaro de Averno
que los otros benévolos infama,
de tu estambre vital cortó la trama,
de tronco ya glorioso ramo tierno.

Caíste en flor y anticipado invierno,
las luces usurpando de tu fama,
en años breves extinguió la llama
que tu nombre en dos vidas hace eterno.

En tiempo no, en prudencia, Antonio, cano,
al pisar los umbrales de la vida,

Atropos dividió tu vital hilo,
en dulce acento suspirando en vano,
de la que, prenda tuya esclarecida,
siempre te llama en doloroso estilo.

CXXXIX

Al sepulcro de una dama muy bella

Esta que sacra pira aromas llora
digno es sufragio de la siempre bella
que, sol ya puesto, nace ardiente estrella,
y de inmenso esplendor luciente aurora.

Ya otro polo en región más pura honora,
superior parte nunca extinta de ella,
bien que la que este sordo mármol sella
mucha flor ya, ceniza es poca ahora.

Donde logrando un ámbito tranquilo
coronas mil del ínclito trofeo,
de que abreviado honor cuelga suspenso,

serán lágrimas hoy en su Lucilo,
buriles que, mordiendo al mausoleo,
escriban su beldad, liben incienso.

CXL

Al sepulcro de la Duquesa de Alba

Alba que ya crepúsculos ignora
aquí vive a pesar de lo violento,
donde más piadoso sentimiento
luz que nos niega en tristes sombras llora.

Y aunque sol mucho en poca tierra, ahora
parte negada a su ínfimo elemento,
que esplendor presta al fijo firmamento,
ya con lumbré inmortal sus orbes dora.

Más que lágrimas pues, demos ya flores
al lucido depósito sagrado

de luz claros, si opacos, hoy despojos.

Danle pías centellas sus olores
culto sufragio aromas aceptado,
afectos la piedad, llanto los ojos.

CXLI

Al sepulcro de Adonis

Desfondad a los templos consagrados
a las del cielo lámparas dorinas
escamosas deidades, y entre espinas
mudos se dejan ver plectros dorados.

Las fuentes secas ya, lloren los prados
y dejan de flagrar las clavellinas,
indiquen el rigor de sus ruinas
los hoy bosques, de Amor desamparados.

Muerto es el dios de nuestras selvas, muerto,
y el canto cuya métrica armonía
las aves suspendió y enfrenó el viento.

Venga, pues, Cipria, visto el pecho abierto
del Adonis osado, en ansia pía
a dar flores y llanto al movimiento.

CXLII

Después que me llevó el abril su día,
mis ojos verdaderos son corriente,
dígalo Amor que os rinde francamente
la parte que es más propia y menos mía.

Dulce error, felicísima porfía
del que menos distante y más ausente
vive con soledad entre la gente,
y a solas en sabrosa compañía.

Aguas del Tajo, en vuestras repetidas
ondas, no ya de olvido mar se vea:
comunicad conmigo vuestra gloria,

acordando mil lágrimas perdidas
al abril más florido, porque sea
sufragio de mi muerte su memoria.

CXLIII

A una gran señora que dejó el siglo

Tú que la dulce vida en tiernos años
trocaste por la vida trabajosa,
la blanca seda y púrpura preciosa
por áspero cilicio y toscos paños;

tú que, viendo del mundo los engaños,
al puerto te acogiste presurosa,
cual nave que en la noche tenebrosa
teme del mar los encubiertos daños;

canta la gloria inmensa que se encierra
en el alma dichosa, ya prendada
del amor que se enciende en puro celo;

que si el piloto al divisar la tierra
alza la voz de gozo acompañada,
¿qué debe hacer quien ya descubre el cielo?

CXLIV

Esta nueva deidad aprisionada,
y entre grillos y rejas no segura,
mueve el orden fatal de la ventura
con misteriosa mano arrebatada.

Cisne, Fénix de amor, ave dotada
del atributo de la luz más pura,
cuyo fraude en letargos de dulzura
nos entrega a la muerte idolatrada,

los eternos sufragios escarnece,
y en tribunal de apetecida pena
la causa esconde que el milagro hace.

Pasa el peligro al que el aviso ofrece,

y con la misma muerte que condena
a los que deja muerto satisface.

CXLV

Ligurino Jasón, abeto alado,
a los húmidos piélagos confía,
y la cuna y la tumba pisa al día,
al vasto campo de Anfitrite arado;

cuyo triunfante nombre trasladado
de la región ardiente a la más fría,
cediendo a la prudencia su osadía,
esta marina le admiró varado.

Qué esperas, pues, ¡oh barca!, perseguida,
de los impulsos de fortuna varios,
con las alas del tiempo reducida,

donde, si la razón entre contrarios
vientos te niega puertos y acogida,
sepultura es el mar de temerarios.

CXLVI

A las undosas márgenes de un río
que en floridos cristales nace fuente,
solté quejosa voz tan dulcemente,
que alterno Filomena el canto mío.

Donde, si a tronco, si animado, pío
místico papel de simple gente,
impresas ansias de pasión ardiente,
con hierro duro en verde margen fío.

Ajena, pues, noticia, en mi escarmiento
del rigor de fortuna ejemplo lea,
si es aviso del tiempo el desengaño;

y en este descansado apartamiento,
feliz agrado a mis agravios sea
un temor advertido de su daño.

SONETOS SATÍRICOS

CXLVII

A Josefa Vaca, reprendiéndola su marido

«Oiga Josefa, y mire que ya pisa
esta corte del rey, cordura tenga;
mire que el vulgo en murmurar se venga
y el tiempo siempre sin hablar avisa.

Por nuestra santa y celestial divisa
que de hablar con los príncipes se abstenga,
y aunque uno y otro duque a verla venga,
su marido no más, su honor, su misa.»

Dijo Morales y rezó su poco,
mas la Josefa le responde airada:
«¡Oh, lleve el diablo tanto guarda el coco!

¡Malhaya yo si fuese más honrada!»
Pero como ella es simple y él es loco,
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

CXLVIII

Josefa Vaca, comedianta

Oye, Josefa, a quien tu bien desea,
que es Villanueva aquesta vida humana,
y a Villaflor se pasará mañana,
que es flor que al sol que mira lisonjea.

Más hace Peñafiel al que desea,
si en ferias te da Feria ya Pastrana
que anda el diablo suelto en Cantillana
y en Barcarota tu caudal se emplea.

Que es Río seco aquesta Corte loca;
que lleva agua salobre ya Saldaña;
que pica el gusto y el amor provoca;

que a tu marido el tiempo desengaña,

que mucha presunción con edad poca
el valor miente y el amor engaña.

Que hallarás si plantares,
fáciles Alcañices, no Olivares.

CXLIX

A una academia que se hizo en casa de Antonio de Vega, confeso

A mi noticia el gran concilio llega
y que el Jordán trasladan a Italia;
cuidado, Apolo, que la gente impía
teme a las llamas y a la luz se ciega.

Académico Antonio sea de Vega
en vuestra judaizante compañía,
y no ya vega del Ave María,
sino de torpe tribu que la niega.

De tal Mecenas, pues, de congregada
judaica plebe, ya Toledo espera
nuevas llamas y Cristo otra lanzada.

Mucha luz me promete y poca cera
gente que por confesa confesada
por luminarias nos dará su hoguera.

CL

A vanas esperanzas de la Corte

Cánsame Medinilla a la jineta
y púdreme el de Hajar a la brida
acábame Don Zarate la vida
porque sigue de Tello la vil seta.

Franqueza me ha rogado que le meta
en un soneto, puesto que es sabido
su necia gravedad, toda nacida
de no acordarse de que fue soleta.

Don Rodrigo de Tapia el tontivano
no acaba de saber, vaga ignorancia,

cuál sea en su coche la derecha mano.

El es un caballero de importancia
y tiene cierta gracia que en verano
despide del sobaco gran fragancia.

CLI

A doña Justa Sánchez y don Diego de Tovar

En nombre Justa, en obras pecadora,
santa del calendario de Cupido,
cuyos milagros tiene su marido
canonizado de paciencia ahora.

Culpas absuelve, penitencias llora
del que es primo y al fin quizá marido,
libre manteo de vuelta guarnecido
que uno le paga y otro le desflora.

¿Qué dirá la corona del viudo,
viendo que ha renovado Don Jumento
el cuerno en este sábado no santo?

Dirá que de mal termino es cornudo
y que olvida el honor del regimiento,
y nosotros diremos otro tanto.

CLII

A Jorge de Tovar

Este es el sólo de este tiempo dino
tribuno vil de la judaica plebe,
que no conoce a Dios, a quien se atreve,
secretario ladrón, fabril rabino.

Contumaz, pues, sayón, VeroLongino,
en nuestra redención su lanza pruebe
el que ha mil años que juró de leve
porque ha mil veces que su mes le vino.

¡Oh judío con regla desreglado!
¿Qué mucho que te nieguen lo que pides,

si tu pides la cruz que estás negando?

Labra casas y logra de lo hurtado
y pues tu fe con nuestra vida mides,
si es que está bautizado ¿dinos cuándo?

CLIII

A la casa de una cortesana donde entró a vivir un pretendiente

Aquí vivió la Chenca, aquella joya
por las hechuras cara; este aposento
fue túmulo del sexto mandamiento
y galera en que Amor fue buena boya.

¡Viva Dios que esta sala que le apoya
centellas de lujuria arroja al viento!
Esta trampa inventó su atrevimiento
para jugar al hombre con tramoya.

Desde aquella ventana, la insolencia
de sus cabellos afrentó al oriente,
y en ésta fue su vista una estocada.

Mas, ¡oh cruel, a entrambos penitencia!
hoy la casa es albergue a un pretendiente,
y la célebre Chenca está casada.

CLIV

Al aguacil de corte Pedro Vergel

La llave del toril, por ser más diestro,
dieron al buen Vergel, y por cercano
deudo de los que tiene so su mano,
pues le tiene esta villa por cabestro.

Aunque en esto de cuernos es maestro
y de la facultad es el decano,
un torillo, enemigo de su hermano,
al suelo le arrojó con fin siniestro.

Pero como jamás hombres han visto
un cuerno de otro cuerno horadado,

y Vergel con los toros es bienquisto,
aunque esta vez le vieron apretado,
sano y salvo salió, gracias a Cristo:
que Vergel contra cuernos es hadado.

CANCIONERO DEL DESENGAÑO

CLV

Desengaño

¿Dónde me lleva el áspero camino
por pasos de costoso advertimiento?
A dejar derramadas por el viento
justas quejas del tiempo y del destino.

Si miro atrás mi error y desatino,
no es poco galardón el escarmiento,
mas, ¡cómo tiraniza el sentimiento
cuando al mismo entender saca de tino!

Salga la voluntad del cautiverio,
que no ha de idolatrar el albedrío
la más sensible parte de los daños.

Descifrarán los hados el misterio,
y quedará de ajeno desvarío
librada mi advertencia en desengaños.

CLVI

Vuelvo a probar segunda vez, Fortuna,
efectos de tus iras, agraviados
con tristes experiencias, observados
los varios movimientos de la luna.

Despediré esperanzas una a una,
si ellas mal, sus avisos bien logrados,
cuando entre engaños ya desengañados,
ambicioso anhelar no me importuna.

Son, para mí, razón las sinrazones;
en mudo sufrimiento a veces leo
noticias que di al tiempo de mi daño.

Callaré quejas, beberé pasiones,
para que vez segunda mi deseo
no pise en el umbral del desengaño.

CLVII

Al retiro de las ambiciones de la Corte

Si para mal contentos hay sagrado,
dulce quietud del ánimo lo sea
en esta soledad, donde granjea
aviso y no fatigas el cuidado.

El metal en la lluvia desatado
sobre ambiciosa mano lograr vea
quien aun con los engaños lisonjea
de sus áulicas pompas adulado.

Sirenas sean lisonja de su iodo
que, adulterando a la razón las llaves,
cierren la puerta del mejor sentido.

Yo entre estas mansas ondas, a las aves,
en canto ni adulado ni aprendido,
deberé el desmentir fatigas graves.

CLVIII

¿Qué me quieres, tiránica porfía,
con insultos de bárbara violencia?
¿A un tiempo ha de ser culpa la paciencia,
y mérito y virtud la tiranía?

Premie el tiempo su misma idolatría,
cubra modesto manto la insolencia,
y bandido el candor de la inocencia
niéguese a la virtud la luz del día.

En el rigor inicuo, en la cautela

de esta injuria, obstinada tolerancia
parecerá modestia y es locura.

Por esto mi fortuna ahora apela
Corte y Palacio, para tu instancia
menos acomodada y más segura.

CLIX

En cuanto tu valor el limpio seno
alimentando está de la serpiente,
que se mantiene de veneno ardiente,
convirtiendo en mal propio el mal ajeno,

logra dulce quietud, cielo sereno
en el de este horizonte dulce ambiente,
sin ver del tiempo la sañuda frente
de tempestades y portentos lleno.

Aquí negados al rigor del hado,
seremos en la escena espectadores,
en el del mundo trágico tablado.

Viendo, pues, menos dignos los mayores,
un menosprecio tengan y un estado,
vencidos de fortuna y vencedores.

CLX

Silencio, en tu sepulcro deposito,
ronca voz, pluma ciega y triste mano,
para que mi dolor no cante en vano
al viento dado ya, en la arena escrito.

Tumba y muerte de olvido solicito,
aunque de avisos más que de años cano,
donde hoy más que a la razón me allano,
y al tiempo le daré cuanto me quito.

Limitaré deseos y esperanzas,
y en el orbe de un claro desengaño
márgenes pondré breves a mi vida,

para que no me venzan asechanzas
de quien intenta procurar mi daño
y ocasionó tan pródida huida.

CLXI

¿Cuándo en su obstinación y osadía,
Fortuna, mediremos nuestro intento?

¿Cuándo no le dará mi rendimiento
fuerza, si no blasón a tu porfía?

¿Cuándo no adularán la tiranía
más mis ofensas que mis sufrimiento?

¿Cuándo a mil siglos del mayor tormento
le dará el hado intermisión de un día?

Mas ya que el no esperar es desengaño,
y al desengaño aviso no le pido,
más que noticia al tiempo de mi daño,

cogíerame el agravio prevenido,
como quien echa menos el engaño
entre desesperado y advertido.

CLXII

Fortuna me condujo peregrino
de un mar en otro mar siempre alterado,
hasta ver de sus iras adulado
el solo efectos de estos tiempos dino.

Hoy con más escarmiento y mejor tino,
al de esta soledad puerto he votado,
errante, aunque confuso, mas no errado,
el progreso y el fin de mi camino.

Aquí me niego al tiempo y no me alcanza
voz que con falsos ecos interprete
el odio contra mí de su venganza.

Donde, si bien perdido, aquí aquiete
sólo en seguir de lejos la esperanza
que todo lo que vemos nos promete.

CLXIII

Después que me persigue la violencia
de fortuna cruel, de injusto hado,
vivo en parte mejor desobligado
de la prolija ley de la paciencia.

Será comodidad, si no prudencia,
un libre proceder desengañado,
porque el bien que le queda a un condenado
es esperar segunda vez sentencia.

Tal vez acierta más el desatino
que la templanza, a preservar la muerte
del que afligido su pasión tolera.

Pues si el despertar sólo es camino
de limitar injurias de la suerte,
¿qué tiene que temer el que no espera?

CLXIV

Un mal me sigue y otro no me deja;
si callo, no me sufro a mí conmigo,
y si pruebo a quejarme, cuanto digo
nuevo peligro es y culpa vieja.

Ya la noticia cumple, pues se aleja;
mas la distante voz de un enemigo,
despierta las ofensas y el castigo,
y la razón sepulta de mi queja.

¿Qué haremos, pues, sino morir callando,
hasta que la fortuna desagravie
razón tan muerta, sinrazón tan viva?

Los preceptos inicuos tolerando
del tiempo, que, aunque muera, aunque rabie,
la voz no hable, ni la pluma escriba.

CLXV

Gracias al cielo doy, que ya no quiero
vivir con esperanzas engañado,
desnudo del solícito cuidado,
más ambicioso y menos verdadero.

Que por no ver el tribunal severo
de la difícil puerta del privado,
bien satisfecho, pero mal pagado,
presumo que no alcance lo que espero.

Apacible omisión, plácido olvido,
costoso galardón del que se alcanza
ver a perfecta luz los desengaños.

Mas llego a confesar que voy corrido
de haber perdido el tiempo y la esperanza
comprando afrentas y adulando engaños.

CLXVI

Hágame el tiempo cuanto mal quisiere
y nunca de mis daños se contente,
que no me he de perder inútilmente
por lo que sin propósito dijere.

Gobierne bien o mal el que tuviere
a su cargo las leyes de la gente,
que a mí, y a mi censor impretendiente,
no hay mudanza de estado que me altere.

Lleve mi confianza por el suelo
sus alas, pues parece que no acierta
el que se atreve a peligroso vuelo;

quede mi queja y esperanza muerta,
pues vemos que al envidia más que el celo
a la murmuración abrió la puerta.

CLXVII

Debe tan poco al tiempo el que ha nacido
en la estéril región de nuestros años,
que premiada la culpa y los engaños,

el mérito se encoge escarnecido.

Ser un inútil anhelar perdido,
y natural remedio a los extraños;
avisar las ofensas con los daños,
y haber de agradecer el ofendido.

Máquina de ambición, aplausos de ira,
donde sólo es verdad el justo miedo
del que recibe el daño y se retira.

Violenta adulación, mañoso enredo,
en fe violada han puesto a la mentira
fuerza de ley y sombra de denuedo.

CLXVIII

Si cada cual fabrica su fortuna
y está en mayor peligro la envidiada,
con una me contento moderada,
porque la moderada siempre es una.

Goce el otro su suerte, si es alguna
la esperanza entre envidias adulada,
y mi moderación desengañada,
ni sea importunada ni importuna.

Que por no ver sobre mis hombros puesto
el peso del gobierno, murmurando
del vario discurrir de los quejosos,

escojo por seguro presupuesto
un fin de pretensiones olvidado
y ajeno de designios ambiciosos.

CLXIX

Contra las pretensiones de la Corte

Ya no me engañarán las esperanzas,
ni me disgustarán los desengaños,
que el aviso costoso de mis años
advertimiento saca de tardanzas.

Y con igual semblante a las mudanzas,
el escarmiento deberé a mis daños,
de lástima sujeto y no de engaños,
justificando ofensas y venganzas.

Y retirado del común abuso
de anhelar vanamente pretendiendo
con vil indignidades mi desprecio,

nueva naturaleza haré del uso,
ufano ya de no quedar perdiendo
lo que menos se estima, y es sin precio.

CLXX

Miro el inquieto mar, como el piloto
que corriendo fortuna en golfo incierto
a pesar de las ondas, toma puerto,
debido a los efectos de su voto.

Y cuelgo las reliquias que devoto
saqué a luz del engaño descubierto,
y vivo a conocer, a esperar muerto,
suelto el timón de la paciencia roto.

Porque luchar con la paciencia en vano
otro aliento requiere y otros brazos
de más válida fuerza que los míos.

No me tuvo al caer piadosa mano,
y la engañada fe quedó en los lazos
de costosos agravios y desvíos.

CLXXI

Después de mucho viento y mar cortado,
dio un piloto su nave a dulce puerto,
por lograr cielo amigo y tiempo abierto,
sobre arenas pacíficas varado.

Adonde siete lunas al cuidado
se anegó de mar bravo y aire incierto,
debiendo a las envidias lo experto,
debiendo a los peligros lo avisad.

Hoy vuelve a navegar con nuevo engaño,
expuesto a las injurias de los vientos,
observando a planetas los semblantes.

Conozca, pues, el tiempo, sienta el daño
su ruina, trofeo de elementos
será, cuanto escarmiento a navegantes.

CLXXII

A la esperanza, defendiéndola

Es la esperanza un término infinito
en plazo que ni llega ni prescribe,
y alentada pasión que sólo vive
del carácter que al cielo deja escrito.

Es este triste error, común delito,
lícito, porque el gusto le concibe,
y es pena porque en gloria se recibe,
lisonjera infusión del apetito.

Dale a beber de amor su devaneo,
y causándole sed que nunca mata,
para ser tolerancia halla este medio.

No puede ser cumplido, y es deseo,
facilita lo mismo que dilata,
y es ofensa con nombre de remedio.

CLXXIII

Qué es la esperanza

Es un lícito engaño la esperanza
y tregua con que el bien miente al cuidado,
sombra de amor, deliquio que adulado
vive de cultivar lo que no alcanza.

De fe tiene el aliento y la tardanza;
mal que anticipa el daño dilatado;
susto y desdén contra su efecto armado;
alivio quiso ser y fue venganza.

Rayo de luz que cuando alumbra ciega,
y contraria ilusión al ser perfecto;
firma que niega amor y en blanco escribe.

Su término es presente y nunca llega,
y es causa que, muriendo de su afecto,
de no cumplir lo que promete vive.

CLXXIV

En pedazos deshecha nave rica
los escollos dejó de esta ribera,
y la que golfos discurrió velera,
ejemplo es grande, admiración no chica.

Quien sirve al mar peligros multiplica,
quien fía de peligros en qué espera;
vuelo que ya animó flexible cera,
cayendo su locura testifica.

Mal regida la luz, costoso es faro
el que pisando la región ardida
pudo precipitar tonante fragua,

cuyo valor en su ruina aun claro,
entre llamas y ondas a alta vida
muerte de fuego dio, sepulcro de agua.

CLXXV

Pasé los golfos de un sufrir perdido,
y piélagos de ofensas he surcado,
de enemigos impulsos agitado,
de poderosas olas impedido.

Hoy, pues, menos quejoso que advertido,
de esperanzas las velas he animado,
y debo a mi noticia haber tomado
en mar de sinrazón puerto de olvido.

Donde ya en dar benéficos alientos
a la violenta fuerza me libraron
del tiempo airado y de contrarios vientos.

Ya engañosas sirenas me dejaron,
porque la falsa voz de sus acentos
mis diamantes iodos no escucharon.

CLXXVI

A un sueño

¡Aguarda, sombra inquietadora, espera!
Si de causa cruel naces cobarde,
cuando mi queja tu rigor aguarde
será tu asombro la merced postrera.

Apareces piadosa y huyes fiera,
de tus efectos conocido alarde,
que aún sombra falta que del mal me guarde,
o bien fingido, porque amando muera.

Lisonjero traidor, tirano dueño,
su gusto obliga, su inclemencia asombra,
a leve prueba, cauteloso engaña.

¡Sueño enemigo, si mis glorias sueño,
con la luz que me animas me acompaña,
que en mis tormentos el alivio es sombra!

CLXXVII

Definición de la mujer

Es la mujer un mar todo fortuna,
una mudable vela a todo viento;
es cometa de fácil movimiento,
sol en el rostro y en el alma luna.

Fe de enemigo sin lealtad ninguna,
breve descanso e inmortal tormento;
ligera más que el mismo pensamiento,
y de sufrir pesada e importuna.

Es más que un áspid arrogante y fiera;
a su gusto de cera derretida,
y al ajeno más dura que la palma;

es cobre dentro y oro por de fuera,
y es un dulce veneno de la vida
que nos mata sangrándonos el alma.

CLXXVIII

Voces mal admitidas de sirenas,
letargo envejecido de mil años,
torcer el rostro a vivos desengaños
y sólo apetecer injustas penas,

ya no más: la razón abrió mis venas
donde, convaleciente de sus daños,
fuerza de agravios, sinrazón de engaños,
muros pudo romper, abrir cadenas.

Costoso sí, mas advertido ejemplo,
mi yerro ofrece a los atentos ojos,
cuando a la luz de aviso me consagro,

la pared ilustrando al mejor templo,
escarmentadas quejas por despojos,
cuya tabla será el mismo milagro.

CLXXIX

Podré ya voluntario desterrado
en esta felicísima ribera,
si no aplausos de amor, lograr quisiera
ocio sin culpa, sueño sin cuidado.

Quizá será desdén solicitado
el conortado olvido que me espera,
y con alas de aviso y no de cera,
seguro volaré, si no envidiado.

Mares contrarios, mis contrarios vientos
poco afligen la antena que varada
se niega ya a las ondas inconstantes.

Den luz a quejas ciegos escarmientos;
deje la razón muda de avisada
este golfo a mejores navegantes.

CLXXX

Desengaños del amor

¿Cuándo el templo daré del peligroso
naufragio, en tabla amiga dibujadas,
borrascas con paciencia superadas,
suspendido el rigor del mar furioso?

¿Cuándo veré del tiempo proceloso
negras nubes de ofensa concitadas,
por benéficos vientos separadas,
y sin oscuro velo al sol hermoso?

¿Cuánto de tanto escollo y del incierto
mar de falsas sirenas adulado
me dará la razón seguro puerto?

¿Cuándo verá mi agravio porfiado
de estos grillos al yerro, si no abierto,
con lícito contraste forcejado?

CLXXXI

Cesen mis ansias ya desengañadas
del prolijo anhelar de mis porfías,
cesen aquí las esperanzas mías,
desmentidas primero que formadas.

No escarnecidas ya, sino avisadas,
mis voces lograrán orejas pías,
un sol verán mis ojos y unos días
que consten de horas nunca adulteradas.

De estas ondas el claro movimiento
espejo es que me muestra en el más puro
cristal de sus orillas mi escarmiento.

Quedándole ya sólo por seguro
a mi querella el tribunal del viento,
a mi fortuna un esperar oscuro.

SONETOS SACROS

CLXXXII

Cuando pidió Cristo a su padre perdón por sus enemigos

Eterno Amor, eterna tolerancia,
en la esencia de Dios muriendo ardía;
claro eclipse de gloria, oscuro día,
velo de culpas puso a su distancia.

Cuando el celo inefable, la constancia
que dio su vida por salvar la mía,
rogando al padre por la gente impía
disculpaba su error en su ignorancia.

¡Oh paciencia de Dios, milagro eterno,
y cargo que me hace a mí conmigo
de obstinada perfidia y de malicia!

Por el amor que en mi dureza tierno,
en inocencia ejecutó el castigo
que mereció mi culpa a su justicia.

CLXXXIII

Oh tú, que por dejar purificado
y libre al hombre de la eterna pena
en tu inocencia dio la culpa ajena
mano sangrienta a juez apasionado.

Perfecciona, Señor, ya que has lavado
en el ardiente influjo de tu vena
la mejor parte, y rompe la cadena
de propios yerros, ánimo alumbrado.

Sacar debe tu auxilio del abismo
de culpas un sujeto, cuyo olvido
tiene desmerecida tu memoria;

que la gracia la debes a ti mismo,
pues no debe el remedio ser perdido
que la pena formó para mi gloria.

CLXXXIV

A los presagios del día del Juicio

Cenizas que aguardáis aquella trompa
para unir las especies desatadas
con que al final serán llamadas
las almas puras con gloriosa pompa,

cuando la voz de Dios, abriendo, rompa
los mármoles y losas más pesadas,
porque salgáis unidas y apuradas
en forma a quien el tiempo no corrompa.

No puede estar ya lejos, pues es cierta
aquella confusión, cuya agonía
los dormidos espíritus despierta.

Antes en este caso juzgaría
que ver cosa inmortal, sin tiempo, muerta,
es ya de los prodigios de aquel día.

CLXXXV

Al universal Juicio

Enfrenó el curso, y sin ocaso el día
los campos de Anfitrite no rodea
el gran pastor de Admeto, ni Febea
menguada o llena forma descubría.

Sobre candidas rosas se reía
la primer causa en soberana idea,
y con ángeles mil la bella Astrea
himnos en su alabanza repetía.

Cuando a la horrible voz, las esparcidas
reliquias de las almas fueron velo
destinadas al bien o mal eterno.

Y en un punto las causas definidas,
fueron los justos como a centro al cielo
y de precintos se ocupó el infierno.

CLXXXVI

Cual matutina lumbre soberano
esplendor concediendo es centelleante,
cual despuntar se vio deidad amante
de la fecunda sal del océano;

cual virgen rosa que en jardín temprano
de verde cárcel se soltó fragante,
fovente al parto céfiro espirante,
de los grávidos senos del verano;

tal Fénix nueva en sus flamantes plumas
le desmintió crepúsculos al día
que formo sol de viva hermosura,

beldad originando las espumas
de piélagos de gracia a la luz mía
imperceptible siempre, siempre pura.

CLXXXVII

A San Agustín, pintado entre Cristo y la Virgen

No entre Escila y Caribdis viva nave
niega a impulsos australes blanco lino,
entre nortes de luz, si aserto dino,
violencia es dulce, rémora suave.

Neutral piloto amor apenas sabe
uno u otro elegir puerto divino,
de gracia eterna aquél, inmenso y trino,
éste, en que el mismo trino eterno cabe.

Éxtasis, acordado parasismo,
del que pendiente del ambiguo acierto,
más en sí está, saliendo de sí mismo.

Y en dudoso elegir, de acertar cierto,
las suertes menosprecia del abismo,
bajel que entre dos cielos toma puerto.

CLXXXVIII

Luz del fuego feliz, cuyas centellas
hacen con su esplendor ilustre el suelo,
logra en su eterna esfera el alto vuelo,
pues gloria es tuya cuanto exhalan ellas.

Arderán con tu ejemplo, en honor de ellas,
Fe, Esperanza y Amor con igual celo,
donde al pie que descalzo admira el cielo
de conturno le sirven las estrellas.

La tersa cruz del fulminante acero
que el claro protector vibró de Hesperia
en castigo del bárbaro africano,

consorcio hará con el cordón severo
que al rigor penitente dio materia,
sangre que hoy fertiliza el reino hispano.

CLXXXIX

A San Isidro de Madrid

Los campos de Madrid, Isidro santo,
de querúbicas manos cultivados,
fieles responden hoy a tus arados
fruto de gloria por sazón de llanto.

Previsto, agricultor, logra, pues, cuanto
el cielo debe a surcos nivelados,
que Elíseos, que diáfanos collados
nunca dan menos a quien siembra tanto.

Rústicas ya supliéndole fatigas
jornaleros del gremio soberano,
en cuanto rinde al cielo alto tributo,

a sacro labrador le dan espigas
de empíreo campo al mismo Cristo en grano,
sembrando aquí sus lágrimas el fruto.

CXC

A la canonización de San Ignacio de Loyola

No bárbaras columnas erigidas
a pompa del soberbio Tolomeo,
piadoso, si católico trofeo,
aras te dan de gloria construidas;

voces de luz y llamas ofendidas
en culto fuego al claro mausoleo,
pues son centellas del honor sabeo
a fragantes estrellas reducidas;

hoy te consagra el religioso gremio
de uniforme, constante compañía
que lograr ya con Dios la tuya espera.

Suya, pues, gloria, en ti librado el premio,
en pompa esclarecidamente pía
tanto incienso te ofrece, tanta cera.

CXCI

A San Francisco Xavier

Ve, ¡oh gran Francisco!, y vibra el gran tridente
de sacra diosa con la sacra mano,
que por virtud, si no por años, cano
darás a España gloria floreciente.

Desempeñe tu pecho heroicamente
del talento la fe, y el soberano
obsequio que a tu nombre no da en vano
el uniforme aplauso de la gente.

Logra y logre que por ti la blanca Astrea,
no sólo incorruptible el terso acero,
sino el neutro nivel de su balanza.

Querrán los cielos que tu nombre sea
al de Numas y Néstores primero,
mi fe desempeñando y tu esperanza.

CXCII

Al mismo

Arde luz viva en polo ya luciente,
hecho vuelo inmortal tu humilde paso,
esplendor vivo de fulgor no escaso,
desde el Ganges ilustre al Accidente.

En la de Dios imperceptible mente
fuiste de gracias electivo vaso,
porque al Sol de ellas, incapaz de ocaso,
rayos de fe bebiese el Oriente.

Fatigas apostólicas logradas
recibe ya el honor de la victoria
que te da quien dispensa el gran tesoro.

Lenguas de luz en mejor luz labradas
den hoy al sacro altar de tu memoria
el humo en ámbar y la llama en oro.

CXCIII

Al mismo

Fija luz, norte ya, cristiano Febo,
con glorioso esplendor nos da el Oriente;
dichosa cuna suya fue Occidente,
que dio el hesperio sol prodigio nuevo,

a cuyos rayos misterioso el Evo
debe ya la noticia reverente,
viendo violados en tu celo ardiente
los penetrales del profundo Erebo.

¡Cuántas almas al cabo destinadas
del común Padre del pastor celante,
a eterna fueron luz restituidas!

Fatigas, pues, por Dios, y en Dios logradas,
trompa sólo querúbica las cante,
que humana voz las dejará ofendidas.

CXCIV

Al mismo

¡Oh, ya de polo austral fecundo Atlante,
en cuyos hombros hoy el peso estriba
de caridad no muerta y de fe viva,
Argos de nuestra fe, pastor celante!

Cual a tu celo fue clima distante,
sol, pues, de luz, que eterna luz derriba,
dé mil al Indo plumas que la escriba
y trompas mil al Ganges que la cante.

Cuantas ya vieron ondas sus orillas
tantos por el diáfano elemento
querúbicos te aclamen plectros de oro;

sus altas plumas, altas maravillas
de feliz conduciendo vencimiento
al triunfo excelso de su excelso coro.

CXCV

Al mismo

Digno construye a tu memoria nido,
no pompa vana, en vano mausoleo,
al cielo, si católico trofeo,
a mortales trabajos ofrecido.

En dos eternidades ya esculpido
a soberana luz tu nombre veo,
y en cerúleo papel impreso aun leo
tu incesable anhelar nunca perdido.

De sudar deje ya fecundo aroma
el que en remoto y no apartado clima
tu fatigar compadeció piadoso.

Claro, pues, vencedor mil palmas toma,
hoy que el sagrado cónclave te estima
más que digno del triunfo glorioso.

CXCVI

Al mismo

Con religiosos votos inculcado,
mares tanto, del más fecundo, vino
fortunado bajel, de austro divino
con benignos impulsos agitado.

¡Oh mar ya del olvido reservado!
¡Oh argonauta del cielo peregrino!
De empírea Colcos alto vellocino
a eternas hoy fatigas puerto ha dado.

Amaine, pues, inquirir navío
de los senos de Dios, pliegue en su orilla
velas de fe a quien Tetis obedece,

en cuya protección no en vano fío
ver tanta náufraga barquilla
puertos que busca, votos que te ofrece.

CXCVII

A lo firme e incontrastable de la fe

A cerúleos caracteres entrega
tus prodigios el mar nunca borrados,
antes de sus impulsos agitados
su volubilidad común les niega.

Bajel de Dios no teme, aunque navega
los senos de Neptuno reservados;
cedan, pues, ya los vientos conspirados
a clara luz de fe noche más ciega.

Sabrá tomar en las borrascas puerto
el que lleva por norte ardiente celo,
en su fe, su esperanza, y Dios por guía

verá desde la tierra el cielo abierto,
o a la tierra hará bajar el cielo:
tanto consigue quien en Dios confía.

CXCVIII

Pescador hoy el pez del mismo anzuelo
escamoso prodigio, el mar te envía
cerúlea prenda, oh padre, de que ardía
en las ondas tu fe, como tu cielo.

Consoló tu orfandad, la suya el cielo,
por misteriosamente fuerza pía,
lúbrico sol de la región más fría
te fue visión y norte en verde suelo.

Prerrogativas mil te debe Oriente
último en tiempo, apóstol no postrero,
incorruptibles ya logrando palmas.

Erija, pues, altares Occidente
a tu memoria en culto verdadero,
segundo redentor de tantas almas.

CXCIX

A la muerte de don Rodrigo Calderón

Este que en la fortuna más subida
no cupo en sí, ni cupo en él su suerte,
viviendo pareció digno de muerte,
muriendo pareció digno de vida.

¡Oh providencia nunca comprendida,
auxilio superior, aviso fuerte,
el humo en que el aplauso se convierte
hace la misma afrenta esclarecida!

Purificó el cuchillo los perfectos
medios que religión celante ordena,
para ascender a la mayor victoria,

y trocando las causas sus efectos,
si glorias le conducen a la pena,
penas le restituyen a la gloria.

CC

A la muerte del Conde de Coruña

Cuando hierve cual mal la adolescencia
en ondas de peligros y de engaños,
golpe de arrebatados desengaños
hizo efecto mayor de su violencia.

Sólo aquella sublime providencia
sabe en un punto restaurar los daños,
de la omisión y olvido de mil años,
en un acto interior de penitencia.

Digno auxilio, Señor, porque la culpa
nunca fue tal, ni el término tan breve
que su misericordia no le alcance.

Supla, pues, la piedad a la disculpa
donde no hay fin seguro, ni honor leve.
¡Oh ciega obstinación! ¡Oh duro trance!

CCI

A Cristo en la Cruz

Cuando os miro pendiente en un madero,
de sacrílegas lenguas blasfemado,
por mil partes herido, y traspasado
el pecho sacro del agudo acero.

Temo el rigor del Tribunal severo,
viendo el duro castigo ejecutado,
en quien ni fue, ni pudo ser, culpado,
rayo de inmensa luz, Dios verdadero.

Mas, entre el miedo, crece la esperanza
en la inocente Sangre derramada
que por lavar mis culpas dio su vida.

Fe, cuyo aliento a conocer alcanza,
que alma con sangre de su Dios comprada
será a su mismo Autor restituida.

CCII

A la venida del Príncipe de Gales a casarse con la Infanta doña María

En hombros de la pérfida herejía
ved, Lisardo, que Alcides, o que Atlante,
el de Gales pretende y su Almirante
llegar al cielo hermoso de María.

El príncipe bretón, sin luz ni guía,
alega, aunque hereje, que es amante,
y que le hizo caballero andante
la hermosa pretensión de su porfía.

Juntos se han visto el lobo y la cordera,
y la paloma con el cuervo anida,
siendo palacio del diluvio el arca.

Confusión de Babel es esta era
donde la fe de España está oprimida
de una razón de Estado que la abarca.

CCIII

El que fuere dichoso será amado,
y yo en amar no quiero ser dichoso,
teniendo mi desvelo generoso
a dicha ser por voz tan desdichado.

Sólo es servir, servir sin ser premiado;
cerca está de grosero el venturoso;
seguir el bien a todos es forzoso,
yo sólo sigo el bien sin ser forzado.

No he menester ventura por amaros;
amo de vos lo que de vos entiendo,
no lo que espero, porque nada espero.

Llévame el conoceros a adoraros;
servir más por servir sólo pretendo,
de vos no quiero más que lo que os quiero.